

CUENTOS DEL CAMINO



JOSÉ RAMÓN AVENDAÑO

FONDO EDITORIAL UNEY
Fundación Ediciones Clío

Guama

Ediciones
Clío





C U E N T O S D E L
CAMINO

DEDICATORIA

“ A mis nietos: José Miguel, Alejandra Valentina, Sandra Carolina, María Victoria, Sofía Isabel, David Alejandro, Ramón Enrique y Leonardo José Ramón.

Continuadores de ideas y sueños inspirados en el bien colectivo y bienestar común”.

Cuentos del **Camino**

© José Ramón Avendaño Lugo

©Fondo Editorial de la UNEY, 2024

Primera Edición

Universidad Nacional Experimental del Yaracuy (**UNEY**)

República Bolivariana de Venezuela

San Felipe, Estado Yaracuy, 2024

Segunda Edición digital

©Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, Venezuela, 2025

Autoridades

Dr. Wullian Mendoza Gil

Rector

MSc. Morelba Monsalve

Vicerrectora

Dr. Mario Yovera Reyes

Secretario General (A)

Dr. José Prado Pérez

Director de Investigación y Postgrado

Zona Industrial **Agustín Rivero**

Edificio CIEPE, 2do Piso

San Felipe-Estado Yaracuy

Telefax: (0254) 2324221 – 2325675

<https://uncy.com.ve/>

Depósito Legal: YA2024000015

ISBN: 978-980-6721-41-8

Corrección de texto

Maribel Camacho

Mario Yovera

Diseño portada y diagramación

Natasha Perdomo

natashaperdomo7@gmail.com

©Reservados todos los derechos de autor

Enlace para su descarga

<https://uney.com.ve/publicaciones-generales/>

Comité del Fondo Editorial de la **UNEY**

Dra. Maribel Camacho Piña

Directora

Dr. José Rafael Prado Pérez

Director de Investigación y Postgrado

Dr. Manuel Azo Piña

Coordinador de Extensión y Educación Continua

Dr. Mario Yovera Reyes

Miembro del Comité Científico

Dr. Julio César Blanco Rossitto

Coordinador de Redacción



El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons de tipo Reconocimiento-Comercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Venezuela

El material de esta publicación puede ser reproducido con fines académicos, citando la procedencia. El contenido y las opiniones expresadas en el texto, es responsabilidad del autor.

C U E N T O S D E L
CAMINO

ÍNDICE

01 El coronel Juan	17
02 Juan Pinto (Godo)	37
03 Y ahora...¿Que dirán?	71
04 Abilio Jose Mujica Barreto	91
05 Una de Cazadores Parte I	97
Parte II: Otra de cazadores	
Parte III: Y otra de cazadores	
Parte IV: Mito de la mula coja de Guama	
Parte V: Fabulas de Guama	
Parte VI: Una de Isidro Cuenca	
06 Tres personajes, un destino	115
07 Encrucijada del Destino	137
08 La legión negra	153
09 Cheo	161

PRÓLOGO

Los caminos son de gran importancia para el desarrollo de la vida en cualquier comunidad, representan la respuesta del hombre ante un escollo natural o una necesidad de orden social. Conforman un bien material o elaborado por los habitantes a fin de establecer comunicación de usos múltiples. No obstante, cumplido ese primer y necesario objetivo, su obtención representa una total integración a las actividades de todo tipo, desplegadas por los usuarios enlazados de una región. El valor que han tenido en el desarrollo del proceso histórico venezolano poco ha sido reconocido, sirvieron para el poblamiento inicial de nuestro territorio, muchos de ellos en la conformación de las distintas etapas de la vida nacional y de los quehaceres desplegados por los lugareños. Se hicieron parte de las estrategias empleadas en procura de metas medianas o de largo alcance.

Es objeto del presente esfuerzo, mostrar los caminos como espacios para la comunicación entre humanos, como escenario obligado para vencer las distancias, el miedo al medio natural y la inseguridad. Cuando se trata de un viaje acompañado, el tema favorito son vivencias del pasado y si lo hace solo, apela a

la imaginación, evocando melodías o trayendo a su memoria, episodios o planes por materializar. En el medio venezolano es harto conocido la existencia de leyendas de muertos y aparecidos que forman el acervo cultural, todos tienen su punto de origen en caminos. Igualmente es frecuente que se cubran travesías recordando episodios, acciones o hechos que proceden de la narrativa oral generacional. Hacia esa dirección apuntamos estas narraciones que ofrecemos como ejercicio literario.

La presente obra es un intento por abordar realidades por medio de declaraciones de hechos y personajes que existieron en un tiempo y espacios definidos, vistos a través de la ficción. Todos los personajes y el marco aquí expuesto pertenecen a la vida real, recogidos en narraciones que buscan cierto estilo literario. Se encuentran en este intento reacciones y posturas frente a problemáticas del quehacer nacional. El escenario de los cuentos, propios para el recorrer caminos, puede ser uno con diferentes comportamientos, al final reflejan problemas y conductas humanas.

El libro presenta temas de la vida militar, de la política, del movimiento social para jóvenes, de variados pasajes que pueden ocurrir en cualquier lugar del país, de la vida que llevaron diferentes hombres de la sociedad rural en la Venezuela adentro, Empleamos diversas fuentes orales procedentes de la transmisión generacional, grabaciones a personajes que hacen de

cronistas populares y hechos vividos durante nuestra infancia. Igual se emplearon fuentes de diarios y revistas. En la exposición de los cuentos, utilizamos la técnica narrativa-descriptiva. No hay otra intención que llevar personajes y hechos que sucedieron y pueden suceder en alguna parte de la Venezuela profunda. El libro se compone de nueve cuentos aplicables a cualquier escenario nacional. En algunos casos se emplearon nombres ficticios, pero el marco es real.



EL CORONEL JUAN

*El malvado cae por la fuerza de la Historia,
el justo **permanece** por su fe.*

Reposado, tranquilo, confiado en que había llegado a ocupar altas posiciones de comando sin estar adulando ni buscando padrino para los ascensos, se sentía orgulloso de haber subido a méritos propios, no como un montón de compañeros de armas y de alguno de quienes le rodean, que buscaron y/o encontraron muletas para alcanzar presillas. Le nombraron jefe de Estado Mayor de la Guarnición porque le correspondía por ser el coronel con hoja de servicio más limpia, en su haber no tiene ningún arresto disciplinario, como tampoco se le señala de insubordinado o irresponsable con las tareas asignadas, no presenta retardos en asistencia a los cuarteles, en los cursos realizados ni en los ascensos, todo lo ha llevado al día.

Es un oficial ideal dentro de la vida castrense, antes de que suene la diana ya está listo para los ejercicios matutinos y para desarrollar las tareas como oficial de día cuando le corresponde, toda su vestimenta y bagaje personal lucen impecables, en su oficina brilla el orden y la pulcritud. Ha superado con profesionalismo todos los obstáculos, zancadillas y “conchas de mangos” que implican la vida dentro de los cuarteles y las funciones frente a la sociedad civil. Llegó al primer mando dentro de la Guarnición por enfermedad del general Paulino Gutiérrez Mejías, quien pidió permiso para someterse a tratamiento de próstata, y se ha vuelto indefinido; ahora las decisiones, órdenes, estrategias, operativos y toda la vida cuartelaria pasa por manos del coronel jefe de Estado Mayor, Juan Evangelista Ramírez Gómez, quien lleva más de un año en ese cargo, lo que implica que, sin proponérselo, esté ejerciendo funciones de General. Esto ha despertado un mundo de intrigas, recelos y puesta en marcha soterrada actitudes hacia su persona, aun cuando él demuestra aceptación, cariño, bondad y comprensión hacia todo el contingente a su mando. No obstante, conoce el movimiento entre su gente, sabe que hay otros aspirantes al generalato y que de algún lado puede venir la zancadilla.

Para evitar males, no ha modificado su forma de mando y trato hacia oficiales y tropa, escucha sus planteamientos y busca con ellos la mejor solución a la profesión y a la persona.

Cuando un oficial comete faltas, habla con él en calidad de amigo antes de recurrir al reglamento disciplinario, persuade a sus subalternos que las órdenes hay que cumplirlas, aunque no sean de su agrado, eso sí, sin violentar los derechos consagrados en las leyes. En el comedor, lo hace con sus compañeros de jerarquía y comparte con todos los oficiales, no importa su rango; diariamente, antes de sentarse en su mesa pasa revista a la comida de la tropa para mantener su calidad y cantidad, reconoce que ha tenido problemas de abastecimiento y por pérdidas de otras administraciones, por eso dispuso que los encargados del rancho entreguen cuentas diarias.

Como buen llanero, sabe que el relámpago viene primero que el trueno, por lo tanto, ordenó un barrido electrónico de la oficina que ocupa y la del puesto de mando, conoce de casos en que les han sembrado micrófonos y que tienen intervenidas todas las comunicaciones e incluso su teléfono personal y el de su esposa. De posiciones políticas no habla con nadie, fuera de su ámbito de trabajo no tiene amigos y si tiene que asistir a reuniones institucionales no hace halagos ni suelta prenda, va manejando su propio carro sin ningún tipo de escolta. En reuniones sociales y agasajos donde su presencia es indispensable, asiste vestido de civil, siempre acompañado de su fiel esposa Altagracia Rumbos, también nativa del Cajón del Arauca, a quien conoce desde niño y llevan unidos desde el momento mismo de graduarse de subteniente.

De esa unión han salido tres hijos, dos hembras y un varón que han tenido que soportar las mudanzas de ciudad y de escuelas para acompañar a sus padres. Ese ha sido un matrimonio estable, muy al contrario entre militares donde abundan los divorcios y las infidelidades, es alto el porcentaje de matrimonios fracasados por causas de las movilizaciones a que son obligados los oficiales; igual incidencia produce la errónea creencia de que el hogar es un cuartel que ha de ser manejado con el puño cerrado y con las facilidades de diversión y vida licenciosa que ofrece el atractivo uniforme para una parte de la sociedad civil.

Altagracia es nacida en el campo, no es mujer de tantos lujos y exquisiteces, los hijos se han adaptado a estudiar tanto en instituciones públicas como privadas; las hembras son tranquilas y les encanta el período vacacional para un paseo al Llano profundo arauqueño y del Capanaparo para disfrutar de los deslizamientos en los medanales, bañarse en las aguas hondas y turbias del río y espantar las pirañas con una ramita, así como también, les atrae el viaje en canoas y bongos que reparten queso y víveres, por las improvisaciones y cantos melancólicos de los trabajadores. Salieron a la madre, al preferir esa vida cercana o dentro de la naturaleza antes que la actividad agitada y cosmopolita de la capital de la República.

El varón es inquieto y cuestionador de la vida castrense, acaba de graduarse de bachiller y quiere estudiar en

Australia, domina el inglés e intenta opinar ante su padre sobre las políticas del Gobierno que los militares apoyan, inclusive, a escondidas asiste a eventos de la oposición, tiene oculta en casas de compañeros de estudios camisas y gorras que lo identifican, pero por respeto a su papá y para no crearle posturas incómodas no las tiene en su casa. No discute de política con su progenitor, si eventualmente le señala serias cuestiones de violaciones de derechos humanos y casos de corrupción, el padre lo escucha con atención y luego se limita a responder: “nosotros por mandato debemos obedecer a nuestros superiores.”, que no es otra cosa que una evasiva para no dar a conocer su postura frente al régimen.

Juan Evangelista procede de un hogar humilde, sus padres nacieron en la inmensidad del Llano adentro, el papá, practicando todo lo que hace un buen veguero para ganarse la vida, y la mamá dedicada a las faenas del hogar; no asistieron a la Escuela porque en esas sabanas en su niñez no las había en la zona, pero aprendieron letras y números en la calle y en sus respectivas familias; casados se dedicaron a preparar quesos y luego venderlos a mayoristas, con ese negocio levantaron su hogar de cuatro hijos, dos hembras mayores que estudiaron hasta el sexto grado y luego contrajeron matrimonio, José Antonio que no quiso estudiar y se quedó a trabajar con el ganado y el negocio del queso, y Juan Evangelista, que desde niño le gustaba estudiar e impulsado por un tío que le dio apoyo para cursar estudios en San Juan de Payara y luego lo animó a que entrara a la Escuela Militar.

Su ingreso de debió a méritos propios, no contó con padrinos económicos ni políticos como otros con renombrados apellidos de procedencia militar, desde su ingreso comenzó a demostrar su capacidad para el estudio y disposición para soportar las duras pruebas a que son sometidos los cadetes con vistas a moldear su perfil. Tanto las pruebas físicas como las de asimilación del conocimiento las superó con éxito, destacando con marcada habilidad en el manejo de situaciones. Al cabo de cinco años, egresa como subteniente en la segunda promoción “Batalla de los Horcones”, ocupando el segundo lugar detrás de quien fuese Alférez Mayor, Marcos Safarini, brillante estudiante, quien le sacó muy pocos puntos de ventaja en su rendimiento académico.

Como oficial le correspondió prestar servicios en los Destacamentos de fronteras, aun cuando, anteriormente, a esos sitios iban los egresados de mala conducta o de baja puntuación en la promoción. El Alto Mando, atendiendo a un cambio en la política fronteriza, cambió esa situación y ahora van, en primer lugar, los oficiales más destacados; igual medida se toma para los cursos de especialización. Desde su etapa de cadete fue tentado por los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas y el mismo servicio de espionaje montado en particular por sus superiores, pero desechó elegantemente tal invitación por tratarse de una actividad no acordé con su personalidad. Como buen oficial disciplinado siempre estuvo en la mira de estos servicios, pero, no como miembro, sino por su

recto proceder ante tantas tentaciones y oportunidades que deben enfrentar los militares. Al mismo momento de ingresar a la Academia, su vida y sus pasos comienzan a ser estudiados por sus superiores bajo la afirmación de que las conspiraciones nacen desde este lugar por la camaradería, compañerismo e ímpetu juvenil que tienen los cursantes y más en esta época de agitada vida política donde ya se ha comprobado que las murmuraciones se convierten en conspiraciones.

El matrimonio de Juan Evangelista y Altagracia se efectuó en Cunaviche, no faltó en la celebración a campo abierto la llegada de vegueros, cantantes y contrapunteos, carne en vara, el mejor queso y sancocho de pavón. La Luna de miel se realizó hacia el Occidente porque debía replegarse a la frontera; e inicialmente, su estancia se realizó en hoteles mientras le asignaban una vivienda para militares. En esa época, los ingresos de un subteniente alcanzaban para vivir cómodo y darse pequeños lujos sin tener que buscar ingresos extras, cualquier agencia le entregaba un carro para pagarlo por cuotas o el Instituto de Previsión le concedía créditos a bajo interés.

Dedicado con pasión a su vida militar, Juan Evangelista va ascendiendo a los grados respectivos en el tiempo previsto y sin ningún problema que pueda ser considerado por la Junta de Evaluación y los superiores calificadores, todos coinciden en considerar que es un oficial de primera línea. Al llegar al grado de capitán opta a la especialidad de Blindados por ser este elemento de mayor fuerza en

el combate y allí tiene la oportunidad de demostrar sus habilidades como comandante de la compañía.

Con la llegada al grado de capitán comienzan las presiones políticas con campañas dirigidas a los oficiales por el Gobierno de turno, destinadas a ganarse adeptos y colocan en los cuarteles el slogan “Patria o Muerte” de la revolución cubana; estando aun en vida, comienzan a deificar la figura de Chávez; por las instalaciones militares comienzan a pasearse militares cubanos, jóvenes oficiales son enviados a Cuba supuestamente a “realizar cursos”, en los centros castrenses está prohibido sintonizar emisoras de tv o radio que no sean las oficiales, paulatinamente van apartando a sospechosos de ser enemigos del régimen, amplían a las familias y círculos cercanos de militares el espionaje del Servicio Bolivariano de Información (SEBIN) y fundan la Dirección General de Contra Inteligencia Militar (DGCIM), para aumentar el espionaje y sembrar el terror entre hombres uniformados, establecen el descarado propósito de retardar ascenso a oficiales meritorios por la simple sospecha de que no son leales a la Institución.

Con halagos de bonos, vehículos, bolsas de comida, equipamiento de casas y préstamos al instante, la administración chavista intenta mantener amarrados a los portadores de las armas; personal de alta y mediana graduación son enviados a la administración pública a manejar en forma directa dinero o recursos nacionales

con la intención de ganar su apoyo y hacerlos partícipes del “festín”, los cuerpos de inteligencia siembran la desconfianza y aceleran las malas relaciones.

En la formación de los integrantes, tanto a nivel de las Academias como en los centros, se hace mucho énfasis en el comandante-líder, lo cual se traduce en seguimiento y obediencia.

La situación comienza a preocupar a Juan Evangelista, conoce todo el movimiento que sucede en torno a los hombres portadores de las armas, está en el dilema de seguir el juego al gobierno, caer en sus garras o irse a los opositores silenciosos. Él no quiere inmiscuirse en política, ni a su esposa le hace saber sus planteamientos, se considera un profesional formado para servir a la Nación y ser respetuoso de las normas, hasta el grado de capitán ha quedado de primero en todos los cursos y viene el ascenso a Mayor, donde es cabeza de lista de la Junta de Evaluación. Asume una postura de dejar pasar las cosas sin participar dentro de ellas, emplea su perfil de buen oficial institucional para sacar provecho de una coyuntura difícil. Como a todos los estudiantes en la Escuela Militar, se les prepara para, a largo plazo, llegar al generalato y él considera que manteniendo esa posición va camino de lograrlo.

Ascende al grado de Mayor siempre de primero, esto le trae nuevas responsabilidades en los blindados y en este

escalafón debe prepararse a cursar para Estado Mayor y Defensa de la Nación, está obligado a presentar una tesis y lograr una alta calificación acorde con sus aspiraciones.

Solicita lo manden a Campo Mara, en el Estado Zulia, donde existe un emplazamiento de Blindados y es zona fronteriza para poner en ejecución un plan operativo de rescate y funcionamiento de tanques, así como enseñanza en la conducción de esas armas a oficiales recién egresados y a tropa profesional. Intenta demostrar habilidades en el ataque a blancos enemigos en campo abierto, como defensa apropiada en esta línea fronteriza con el país vecino. Esto le servirá de preparación del trabajo que habrá de presentar en los cursos de Seguridad y Defensa Nacional.

Al terminar sus tareas en Campo Mara, se reporta al Ministerio de la Defensa y debe sortear una situación que no es de su agrado: es costumbre que los oficiales de más alto rango y en cargos importantes buscan poner como su ayudante a oficiales a nivel de mayores o capitanes con más posibilidades de ascender a futuro a cargos claves dentro del cuadro castrense o en la administración pública, esto con la finalidad de que una vez que se retiren, conservar lazos de influencia. Las funciones de estos oficiales-ayudantes a veces se sale del trabajo militar, porque tienen que portar el sable, servir de secretario, confidente, manejar agendas, presenciar todas las operaciones de su jefe y guardar todos los secretos.

Entre oficiales se cuentan episodios no muy “santos” de su superior y que ellos deben soportar y permanecer en silencio. Muchos buscan este tipo de ayudantía como una manera de amarrar el ascenso inmediato, pero los hombres bien formados le sacan el cuerpo. Otra forma de prolongar su influencia empleada por altos jefes es casando sus hijas con militares jóvenes de futuro, en el caso de nuestro personaje no procede por cuánto se casó temprano.

Al cumplir en tiempo reglamentario los cursos y las formalidades, nuestro personaje es ascendido a teniente coronel, encabezando la lista de aspirantes. El Alto Mando le pone el ojo a esta promoción que acaba de ascender a nivel de comandante, hay muchas inquietudes y gente de cuidado para el régimen. A unos les ofrecen ser Agregados Militares en el exterior, una especie de exilio dorado para evitar que caigan en mando y poder de fuego y la tentación de caer en conspiraciones. Entre quienes salen al exterior va Marcos Safarini, primero de la promoción, quien aprovecha la ocasión de irse, desencantado de las FANB, y quedarse en Uruguay, donde fue asignado, para entonces pedir la baja y dedicarse a trabajar como ingeniero en ese país. Con esta deserción, Juan Evangelista pasa a ocupar el puesto primero del grupo de egresados. Otros oficiales, ya ganados a la causa dominante, son enviados a Cuba a cursos de “trabajo social”, que en verdad son sometidos a rigurosos adoctrinamientos y preparados en técnicas represivas.

Al resto lo mantienen en el país en una rotación por las diferentes Guarniciones y Brigadas.

Chávez muere, deja un sucesor y el país entra de lleno en crisis y en los cuarteles se siente el malestar, en los baños y sitios escondidos aparecen pintas en las paredes, panfletos anti-gobierno ruedan por los pisos. A Juan Evangelista lo envían a un Fuerte cerca de Carora y luego a Valencia a comandar Blindados. Además de la situación que vive la sociedad y que se refleja entre uniformados, hay una condición que afecta a las promociones en el ejercicio del mando y es que Chávez manipuló a su antojo las leyes, reglamentos y hasta la estructura militar e hizo que a los técnicos de carrera les fuese reconocido su tiempo en las FANB como oficiales técnicos; de esta forma, muchos de ellos pasaron por encima de los oficiales de Academias y provocó un recelo y enfrentamientos en razón del mando por antigüedad, convirtiéndose así, en otra razón de malestar a nivel medio y bajo de los portadores de armas.

La crisis que vive el país golpea fuertemente a todos los sectores, el régimen para tratar de mantener sujetos a los militares les aumenta el sueldo y les otorga bonos compensatorios, pero, la inflación es galopante. Con la finalidad de paliar la situación familiar, Altagracia Rumbos y sus hijas viajan cada mes al Llano al negocio de sus suegros, para abastecerse de víveres adquiridos

a precios bajos o regalados por parientes para llenar la despensa de su casa en la capital, donde los rubros presentan precios mucho más altos para llenar la despensa de su casa en la capital, donde los rubros presentan precios mucho más altos.

Mientras esta situación económica se presenta, el Gobierno aumenta la represión e infunde el miedo y el terror en los centros de armas. Juan Evangelista es ascendido a coronel y de inmediato es mandado a jefaturar un Fuerte en la frontera con Guyana, ubicado en las cercanías de Tumeremo y con radio de acción hacia la zona en reclamación del Esequivo y gran parte de la región de explotación minera del Estado Bolívar. Una región caliente con múltiples problemas por contrabando de gasolina, extracción ilegal de minerales, paso de drogas hacia la ventana atlántica, presencia y tráfico de indocumentados, maltrato y desarraigo a la población aborigen, trata de blancas y prostitución, bandoleros que pretenden controlar territorio, extorsión y vacuna a productores agropecuarios, presencia de grupos guerrilleros colombianos dedicados al narcotráfico y explotación de las minas, que según sectores de opinión cuentan con el respaldo de altos jefes del régimen. Una verdadera prueba de fuego para un oficial apegado al buen proceder.

Con mucho tacto el coronel va enfrentando las distintas problemáticas, en primer lugar, establece comunicación personal con oficiales medianos y subal-

ternos a su mando a fin que actúen dentro de la Ley, conocer y comprender sus necesidades más apremiantes. En segundo lugar, haciendo presencia en nombre de la Nación en todos los sectores vulnerables y tomando medidas de protección a los bienes nacionales. En tercer lugar, crea vasos comunicantes de amplitud hacia todos los sectores sociales y de protección a las etnias indígenas de la región. Lideró con su ejemplo la lucha contra la corrupción, el contrabando de gasolina y derivados del petróleo al no aceptar lisonjas ni padrinzagos, cuando se realizaban fuertes operativos se ponía a la cabeza de sus hombres y en misiones especiales participaba como uno más del comando. Lo más difícil se le presentó en el campo político: en unas elecciones de Alcalde y Concejales, la candidata oficialista que aspiraba repetir, perdió en forma apretada, según resultados de la Junta Electoral Municipal, y se negaba a reconocer su derrota apelando a la fuerza y al respaldo gubernamental, esto produjo alteraciones fuertes de orden público y la Alcaldesa le pide al Coronel que intervenga en su apoyo y proceda a reprimir por la fuerza a los manifestantes: el Coronel se niega rotundamente a reprimir al Pueblo y pide calma hasta conocer la decisión final de la Junta Electoral Regional, que terminó proclamando al opositor como vencedor en la contienda.

Esto trajo como consecuencia que los oficialistas lo acusaran de enemigo del proceso, pero, sus buenas credenciales negaron cualquier parcialidad.

Dos años duró el coronel Juan Evangelista Ramírez Gómez como jefe militar en la zona selvática adscrita a la Región Guayana, se ganó el respeto de la población, de los pueblos indígenas y el reconocimiento de sus superiores en la zona. Entró con su sueldo y salió con lo estipulado, no acaparó oro ni esmeraldas ni aceptó ningún tipo de regalos. Actuó como lo dicta su conciencia y lo establecen las normas.

Después de unas merecidas vacaciones en el Llano, se pone a disposición de la superioridad y lo nombran como jefe de Estado Mayor de la Guarnición. La situación económica para toda la población ha empeorado, igual para los militares, cualquier sueldo lo pulveriza la inflación, la comida que llega a los cuarteles es de baja calidad, no hay presupuestos para los vehículos y las carencias abundan. A los generales tampoco les alcanza el sueldo y los gobernantes, con la finalidad de mantenerlos contentos, les han entregado artículos para supuesto control y distribución equitativa, que en la práctica se convierte en un monopolio y fuente de enriquecimiento del generalato y su gente. Los oficiales de menor jerarquía practican el “rebusque” participando en ventas de todo tipo para sostener a sus familiares, otros más audaces cierran los ojos o voltean la mirada mientras ocurre el delito de extracción o contrabando para después estirar la mano y recibir sus dádivas.

En estos momentos de crisis, la moral el estamento militar no está en un lugar alto; aun así, a pesar de los problemas, hombres como Juan Evangelista, siguen creyendo en la Institución que los ha formado y guardan esperanzas en una oportunidad de cooperar a revertir la situación. Él ha sido preparado para llegar a General y estando cerca de lograrlo no quiere desperdiciar su oportunidad; aunque comprende cuanto pasa, prefiere esperar llegar para actuar por un cambio desde la cúspide de la estructura.

A partir de enero nombran la Junta de Evaluación, luego la lista va al alto mando de la fuerza, al alto mando de todas las demás fuerzas, ministro de la defensa y Presidente. La decisión para el primero de julio está tomada y el acto para la entrega de sable está programado entre tres y cuatro de julio, para que, el cinco, en el gran desfile de la Patria, los nuevos generales luzcan sus ascensos. Esto en teoría, porque los comentarios de los entendidos hablan de que existe una mano negra, decisoria en esos puestos, que se reserva la mayoría de los ascensos para ejercer influencia a través de ellos, y sobre esta promoción más, ya que es egresado y llegó al grado de teniente, luego se ubicó al lado del gran líder triunfador, pasa a ocupar posiciones que lo colocan como el segundo al mando a nivel político y primero en decisiones dentro de las FANB. El coronel Juan Evangelista Ramírez Gómez conoce bien como es el movimiento de subir

los correspondientes escalafones en la Carrera Militar, y como llanero recio sostiene que sólo se inclina ante Dios, ha visto y sufrido muchas jugadas intentando destruir o desprestigiar oficiales, los órganos de inteligencia y espionaje interno no se explican por qué no ha caído en sus redes, si a esos niveles en el mundo castrense se mueven muchos intereses. No es suficiente con ser efectivo, de primerísima línea, hay que poseer un soporte extra, él no lo tiene, solamente su limpia hoja de servicio, y eso, para la mano negra que decide el listado, no es suficiente.

El coronel Ramírez Gómez, como hombre recto y bien formado cree en la Institución, ya le han informado que está en el primer listado, que en una encuesta entre compañeros de promoción y altos oficiales, todos lo colocan a la cabeza de los ascensos. A todos los aspirantes del Ejército les hicieron llegar un cuestionario sobre las aspiraciones para la Nación, las FANB, su fuerza y las personales. El coronel Ramírez Gómez, a todos los niveles de preguntas les dio una misma respuesta: “Cumplir y hacer cumplir la Constitución y las Leyes de la República”.

Pasado Febrero, las tensiones arreciaron, por lo que, los más comprometidos con el sistema, pusieron a actuar al nivel más alto a los encargados de inteligencia y contrainteligencia, buscando de manera directa, a sus “sapos” y sus amantes les encargaron tareas específicas de difundir mensajes destructivos en el Círculo Militar

la Academia, Fuerte Tiuna, Hospital Militar y Guarniciones, con el fin de alcanzar eliminar a los no firmes con el régimen, a quienes no aseguraban lealtad y a los identificados como institucionalistas. No obstante, en el primer listado tentativo aparecía de primero Juan Evangelista, hasta el punto de que un oficial, comandante de otra Fuerza, se interesó en conocer y hablar con ese Coronel de quien todos hablaban bien y le ofreció su ayuda, por lo que Ramírez Gómez, luego del saludo militar a su superior, le agradeció el gesto, le tendió su mano como subalterno y amigo, y le manifestó: “estoy para servir a la Patria”, utilizando palabras de Simón Bolívar en sus muchos momentos.

Para los actos conmemorativos de la Batalla de Carabobo y día del Ejército, el 24 de junio, los comentarios en los corrillos establecían puestos fijos y sobre éstos las apuestas correspondientes, al coronel Ramírez Gómez, lo daban más entre los favoritos que entre quienes quedaban fuera. Hacia finales de junio, extraoficialmente le llegó la noticia que iba a ser ascendido, que podía invitar a sus familiares y amigos. En efecto, invitó a su hermano y hermanas, a familiares allegados de su esposa, hizo venir del exterior a su hijo e intentó preguntar si había invitaciones especiales para el acto a ser realizado en el patio de honor de la Academia, y nadie supo darle respuesta. De todas maneras, asistió con su familia e invitados con su uniforme de gala, no hay notificación previa y con premura comienza el acto con la presencia del Presidente de la República,

el mismo culmina con la entrega de sables. Al final del acto, al coronel Juan Evangelista Ramírez Gómez... no lo nombraron entre los ascendidos.

Terminado el acto, su familia le abraza y le manifiesta todo su apoyo, su esposa e hijos le demuestran toda solidaridad, así como familiares invitados al acto. Estaba preparado para ascender, no lo elevaron de rango, pero quedó satisfecho con su labor de acuerdo con su Conciencia, sin doblegarse ante nadie. Fue a la Guarnición a entregar el cargo a uno de los recién llegado al generalato; recibió ofertas compensatorias, tales como director de cuerpos policiales, administrador de entes del Estado, en el Ministerio de Alimentación donde el tren ejecutivo son militares activos o en reserva, y todas las rechazó, prefirió terminar su tiempo en el Ejército sin hacer nada, para luego irse a su tierra del llano adentro, que lo vio nacer.

Poco a poco se fue preparando, con sus ahorros compró una casa en San Juan y una finca de ganado en Cunaviche. Siempre al lado de Altagracia Rumbos, se va a vivir al Llano profundo, a participar del negocio familiar del queso y cuidar sus vacas. Los hijos se fueron a estudiar, el varón a Australia y las dos hijas a Francia, sólo le quedaron las vivencias de haber servido con Honor a la Patria y su conciencia limpia durante 33 años como militar.



JUAN PINTO
GODO

El último Liberal.

En un viejo ranchón de techos de paja y caña brava, localizado en una recién formada calle aún sin nombre, donde se fueron ubicando los movilizados por la presencia de hombres armados en todo el país y que se atrevieron a peregrinar hacia otras tierras en búsqueda de paz y tranquilidad, una niña llamada Domitila Pinto no poseía ninguna experiencia y de allí su preocupación, porque apenas había cumplido los quince años y se encontraba en ese lugar por motivo de fuerza mayor acompañando a su madre, ya que se vinieron de la llanura de manera obligada, al perder al padre en una de las tantas guerras que pasaban por los caños y esteros en busca de hombres, caballos y reses y, además, para no ser víctimas de las montoneras que arrasaban con todo a su paso y que tomaban a las niñas

y mujeres como sus trofeos; por lo que su madre decidió emprender la huida y seguir el camino que muchos habían tomado, rumbo a los valles y montañas del centro norte del país, donde contaban que existía más tranquilidad y, además, se conseguía trabajo y bienestar.

Después de meses de caminatas y enfrentar variados peligros y escondidas de grupos que utilizaban la violencia armada como su medio de vida, siguieron el camino de vecinos de travesía y llegaron a un minúsculo pueblo de una sola calle, que no parecía haber sufrido mucho durante la guerra larga sino más bien, afectado por el tremendo terremoto ocurrido hacía poco, en el cual, las casas grandes de muchas puertas, amplios espacios, techos de caña y tejas y grandes solares, estaban siendo reconstruidas; y por su calle de piedras, se percibe un agradable olor a café y se observa el ir y venir de hombres en faena.

El primer contacto en ese pequeño pueblo, lo realizaron en una gran pulpería que asombró a su mamá Carmen Eunice por el tamaño y por el movimiento de personas que cargaban y movían mercancías, ya que, ellas en las llanuras estaban acostumbradas a ver pequeños ranchos donde se vendían algunos productos; en cambio, ahí había muchos objetos de trabajo, telas de variados colores, sombreros, zapatos, bebidas en sacos, granos, mecates, papelón y sal.

El asombro de madre e hija, manifestado en sus caras, llamó la atención de alguien sentado en una silla en las afueras del negocio y desde allí daba órdenes a los trabajadores y recibía con gentileza a los clientes, quien se dirige a las dos mujeres y las invita a pasar adelante y les pregunta si deseaban algo. Con mucho temor y pena, Carmen Eunice dice que no tienen para comprar nada, que lo que buscan es alojamiento porque no tienen dinero ni familia que los ampare en este pueblo, exponen que vienen de las llanuras donde se sufren los resultados de las guerras y le ruega un tinglado en esa gran posesión que, además de negocio, posee potreros de reses y caballos, chivos y cochinos, un almacenamiento de caña de azúcar y objetos de procesar papelón.

Ante esa petición, Don Pablo se conmueve y llama a un joven ayudante, Jacinto Colmenares, para que busque un lugar y dé aposento a la anciana madre y a su hija quinceañera. De esa conversación sale la propuesta de Don Pablo de darles trabajo en la elaboración de la melcocha para fabricar el papelón, mientras se acomodan en el pueblo.

Jacinto Colmenares ha sido impactado por la belleza de la joven Domitila, él también vino de las llanuras cuando tenía nueve años, sabe de las amarguras que se pasan en los trayectos y se presta a colaborar para hacer más fácil la adaptación a las recién llegadas. En su trabajo hace de todo, labora en la bodega, en los corrales, en el trapiche, hace mandados, acompaña a

Don Pablo y sus hijas a misa. Tiene veinte años, cuerpo atlético y está soltero, cuando le toca la faena en el trapiche busca ayudar a Carmen Eunice para estar cerca de Domitila, le atraen su tez morena, ojos pardos y su larga cabellera negra sobre la cual se hace trenzas.

Estas visitas y largas conversaciones se van haciendo rutinarias, concluye su jornada a las 6 de la tarde y pasa a encender un farol interior que alumbra los depósitos de caña y llega con su luz al lugar que ocupan la madre y la hija pretendida. Vive solo en un sector donde se han comenzado a ubicar todos los recién llegados al pequeño pueblo procedentes de variados lugares, son solares localizados detrás de la calle Real y el río que tiene cauce intermedio, algunos se han atrevido a levantar pequeños pedazos con su rancho que colinda con los barrancos que dan al río. Después de un tiempo de entrar en más confianza, decide manifestar su amor a Domitila y le pide comprometerse con la finalidad de hacer vida juntos en el ranchón que ha heredado. Su mamá puede vivir con ellos y seguir trabajando con Don Pablo.

Domitila realizaba las tareas hogareñas, mientras que su compañero y su mamá trabajaban en las propiedades de Don Pablo; en las tardes establecía conversación con los vecinos que ocupaban espacios cercanos sintiendo mucho cansancio, malestar y náuseas, en especial, cuando acudía al río a buscar agua o tomar un baño, la distancia no era mucha, pero tenía que bordear un zanjón. Todas las tareas le agradaban, menos esa de

buscar agua con un rodete en la cabeza para sostener la tinaja llena de agua y hojas de monte al final para así evitar que no se derramara sobre su cara y la ropa. Su mamá le recordaba, a propósito del cansancio y los mareos, que ello obedecía a que estaba embarazada y debía ser más cuidadosa, aconsejándola en todo momento y dándole explicaciones de cómo debía ser su comportamiento hasta que llegara la oportunidad del alumbramiento.

Ella personalmente lo pudo comprobar por el crecimiento de su abdomen, de sus senos y demás señales propias del embarazo, lo que originaba alegría en todos por el engrandecimiento familiar en tierras donde reinaba cierta tranquilidad, a veces interrumpida por asaltantes de caminos, de hombres armados buscando fortuna o de grupos armados por algún cacique de pueblo que se hacía llamar “general”. Estaban contentos, además, por encontrarse en esta pequeña comunidad que olía a café y donde sus árboles desprendían olores agradables y mostraban un mosaico de verdes en su frondosa hojarasca. Su vida era estrecha por limitaciones económicas, pero todos la llevaban con enorme alegría.

El embarazo le pegó fuerte a la joven, desde un primer momento comenzó a sufrir desvanecimientos y llegó al octavo mes y su situación no ha cambiado, se le ha sumado una fuerte “picazón” en las piernas, la espalda y la cabeza, su mamá le preparaba brebajes de sauco,

flor escondida, eucalipto y baños de nueve hojas. Los vecinos colaboraban en la preparación de los remedios caseros y fueron a consultar con la comadrona Juana Petrona, que también había llegado de la llanura, y ésta les dijo que eso se le quitaría cuando le llegaran las contracciones del parto.

La situación se les estaba complicando por la salud de la embarazada, las constantes lluvias y los rumores de que se acercaban al pueblo dos ejércitos rivales, no le habían permitido a Jacinto acomodar bien el rancho para recibir a su primera criatura. A medida que se acerca más y más la fecha del parto, a Domitila le cuesta estar en pie y hacer oficios porque las contracciones iban y venían; las mujeres de mayor edad, preocupadas por su estado de salud, hacían recomendaciones para que el niño o niña viniera sano, no faltaron los rezos y encargos al Santo Niño de Atoche y la promesa de un velorio al Niño Jesús con tal de sacar con bien a esa joven y noble mujer que sufría los fuertes dolores de parto.

Mientras en el rancho Domitila lucha por estar parada y soportar los dolores, en el pueblo se dice que ya es un hecho la llegada de los dos ejércitos, el comercio cerró sus puertas, los dueños de casas y solares grandes aseguran sus propiedades y sacan a sus familias hacia haciendas y caseríos lejanos, ya en la entrada se ven hombres raros que creen son los “vigías”. El negocio de Don Pablo, al comienzo del pueblo, ha sido tomado por estos hombres que se dedican a reclutar a pobladores

para limpiar todos los alrededores, con el objeto de levantar un campamento. Los rumores dicen que un grupo armado viene del sur y el otro se desplaza desde el norte, dan como un hecho que van a arreglar sus diferencias en el pequeño poblado como teatro militar.

Es imposible sacar a Domitila y que Jacinto huya a buscar el monte para evitar que lo reclutaran, la más famosa comadrona, Casilda Parra, vive en El Rodeo, camino a San Felipe, ese sitio ha sido tomado por el ejército contrario, no queda otra que pedirle a Juana Petrona Elorza, quien en Achaguas atendió el parto de su familia, que se venga y pernocte en el rancho hasta lograr el parto.

Al día siguiente se oyen los primeros disparos, son las dos avanzadas que toman posiciones entrando al pueblo para establecer campamentos; por el sur llegaron los conservadores, la gente de quienes habían tomado el gobierno en Caracas, identificados por banderas azules; por el norte, los liberales, bajo el mando de Matías Salazar, identificados con banderas amarillas, seguidores de los federalistas de Antonio Guzmán Blanco. Ambos ejércitos se habían enfrentado hacía una semana en La Mora, entrada a Barquisimeto, con el triunfo de los conservadores, provocando la huida con dirección a San Felipe de las fuerzas de Salazar. En esta ciudad recibieron refuerzos desde Puerto Cabello, Valencia y Nirgua y se dispusieron a enfrentar a sus rivales, que se acomodaban a unas cinco leguas.

En la pequeña localidad rugían los cañones, el sonido de balas se escuchaba por todos lados, movimientos de caballos, gritos de heridos, y el camino regado de numerosos cadáveres de caídos en combate; en el rancho, ese 21 de septiembre, la comadrona lanzaba una premonición: “lo que viene es un varón, y en vida va a echar bastante vainas, porque desde la barriga las está creando”, mientras hacía fuerzas para, desde la barriga, empujar la salida del niño. A las doce del día, mientras que conservadores y liberales se enfrentaban en las minúsculas tres calles a que se había extendido el pueblo, nació para el descanso de su mamá un varón, para el que su padre Jacinto había dispuesto el nombre de Juan en honor a su abuelo, reclutado por las fuerzas de Zamora cuando 12 años atrás pasaron por Yaracuy y de quien no se supo más información, lo que sabían es que era liberal.

La estrategia de Matías Salazar fue envolvente desde tres flancos y lucharon contra un enemigo que se defendía bien, con buen parque, la lucha palmo a palmo, de manera violenta y feroz, dirigida en persona por Salazar y León Colina, los dos jefes liberales de Guzmán Blanco. Los conservadores mejores armados y con una briosa caballería resistieron por espacio de diez horas, hasta entrada la tarde, cuando se vieron superados por la estrategia amarilla. Los jefes azules tuvieron que ordenar una penosa retirada, dejando

una reguera de cadáveres y pertrechos militares en manos enemigas, recursos logísticos abandonados y un ejército liquidado.

La Batalla tuvo un ganador, Matías Salazar, declarado héroe popular. y quien facilitó el arribo a la Presidencia de Guzmán Blanco, para establecer un gobierno liberal por dieciocho años.

Después de su sonada victoria, las fuerzas liberales se quedaron un tiempo más en el pueblo, habían logrado asegurar la paz de centro-occidente y desmembrar a las fuerzas azules. En el enfrentamiento pereció la mayor parte de los jefes militares conservadores, y el resto huyó en desbandada. Matías Salazar fue aclamado por los habitantes de la localidad y sectores adyacentes, todos querían saludarle e invitarlo a comer, a unos tragos o a una pelea de gallos. En la comunidad no se celebró una misa para dar gracias porque no había sacerdote para ese momento, pero en Caracas si se efectuó un Tedeum, ordenado por Guzmán Blanco.

Fue tan grande la admiración hacia Matías Salazar en la población que, en los juegos de niños y jóvenes, todos querían ser como él, en algunos hogares a los recién nacidos se les colocaba su nombre. A nuestro personaje no se lo pusieron porque estaba destinado a llamarse como el abuelo; su papá Jacinto se enroló en las filas de Salazar cuando abandonaron esta región,

participó al lado de su líder hasta su caída y posterior fusilamiento en Tinaquillo.

Desde su infancia, Juan Pinto va demostrando poco a poco lo que será cuando adulto, un ser despierto, tenaz, atrevido y familiar. Después suyo vinieron Athalía y Matilde para formar el grupo bajo el cuidado de la madre, porque, al padre lo veían poco por los conflictos bélicos que enfrentó el liberalismo como gobierno y él participaba como soldado de la Brigada Yaracuy. Juan no fue a la escuela, en el pueblo no existía la escuela pública sino privada y, aunque no era costosa, en su casa nadie se preocupó por la educación de los niños ya que ninguno sabía leer ni escribir. En ese medio, los niños al poder caminar debían colaborar en tareas del hogar, ir al río a buscar agua, a las labores del campo, y crecidos a realizar los mandados de compras o de ventas de dulces elaborados en la casa, en lugares públicos los fines de semana.

Su abuela Carmen Eunice, continuó trabajando con Don Pablo, ahora como cocinera, tenía libre los fines de semana y se dedicaba a preparar “capullitos”, un caramelo en forma de cono, con una pequeña madera para agarrar, colocada sobre una hoja de toronja o limón, que alternaba con otra exquisitez llamada “alegría”, que era una delgada torta de harina que, al freírse, quedaba crujiente, cubierta con azúcar o melcocha de papelón por arriba.

El niño Juan iba encantado a los sitios públicos a vender los dulces; cuando llevaba “capullitos”, quedaba en la batea la hoja de toronja o limón y él se la chupaba; cuando llevaba “alegrías”, en el recipiente quedaba el azúcar o la melcocha y las digería encantado de la vida; le agradaba ir al juego de bolos para ver a un señor lanzar una bola a tres palos ubicados a gran distancia, allí le esperaban para comprar sus ventas a Bs 0,05 (una nica o puya) cada dulce, y las apuestas se efectuaban en pesos, igual que en las riñas de gallos y en el pago del jornal de los trabajadores del campo.

Los días que no vendía dulce, realizaba múltiples tareas, tales como recolectar leña, buscar agua, participar en limpiar el sector con los vecinos dándole un sentido de calle sin nombre; al juntarse con los pocos niños del área, jugaban a la guerra con palos de madera haciendo de caballos e, igualmente, armas de los mismos palos, los juegos eran escasos por el poco espacio descubierto ya que existían pocos ranchos y el monte cubría los solares, parte de la calle y el cauce del río. A las seis de la tarde, todos se recogían por temor a las serpientes, los espantos y a las ánimas errantes de los muertos de los azules en la batalla. Al estar su padre en casa, le gustaba acompañarle a los conucos a realizar el “préstamo de mano”, que consistía en trabajar la tierra entre varios para que luego te ayudasen en la tuya, a lo cual también se le conocía como “fagina”.

Don Pablo, propietario de muchas tierras, les cedió pedazos a conuqueros por la quebrada de Corozal y las lomas de Cielito Lindo, para que las trabajaran durante la época de lluvia. Allí acudían hombres, mujeres y niños a la recolección de cosecha; si ésta fue de maíz y se dio abundante, en cada rancho, en lugar seco, se ordenaban las mazorcas en hileras y se bañaban con cenizas, para guardar las semillas y tener siempre para pilar y hacer las arepas. Si la cosecha era de caraotas o frijol, luego de desgranar, las metían en ollas de barro cubiertas con ceniza con la finalidad de protegerlas del coquito y alcanzar su duración, ya que dicho grano formaba parte de la dieta diaria.

Al cumplir los doce años, Juan es mandadero de familias localizadas en la calle Real, acude a realizar compras, buscar agua en burro, llevando varias tinajas dentro de dos cestas tejidas con bejucos agarradas de la montura en la enjalma del animal, proporcionando equilibrio al pesado cargamento; cortar o buscar leña, dar de comer a los animales de la casa, limpiar los patios. Estas tareas lo mantenían ocupado todo el día, pero, le permitían un sustento y una magnífica relación, que le facilitaba enterarse de todo cuanto pasaba en el pueblo y fuera de él. Su papá hablaba de liberalismo y sostenía que ser liberal es ser libre, que los godos son los malos porque buscan la esclavitud, su razonamiento concluía en que su abuelo fue liberal, su padre es liberal y él tenía que ser liberal,

por eso se interesaba en escuchar en la calle de piedras, donde estaba el comercio y las casas buenas, que decían las cosas nuevas que trajo el gobierno de Guzmán Blanco. Escuchaba palabras como Constitución, Estados, edificios, telégrafo, tranvías, ferrocarriles, paseos, Panteón, Congreso Nacional, cable, inversionistas, entre otras, todas nuevas para su conocimiento, y las atribuía a la buena gestión del gobierno liberal, estuviese o no el que mentaban el Ilustre Americano. Con la ayuda y la protección de las dos familias a quienes les servía de mandadero, Juan se alarga los pantalones al haber cumplido los dieciséis años, la tela se la regaló Don Máximo García por unos trabajos realizados en su posesión de Abondure, y la confección se la regaló su madrina Doña Gertrudis, pariente lejana de su abuelo. Eso significaba haber llegado a la etapa de hombre, podía dedicarse a trabajar por su cuenta o como jornalero, participar en fiestas y parrandas, ir a los patios de bolos y galleras, buscarse una compañera, ser soldado, tomar licor y mascar tabaco. A esa edad había desarrollado un cuerpo musculoso, de cierta altura, tez blanca tostada por el sol, pelo castaño y parecido a su padre.

Su primera salida al pueblo, con pantalones largos y blusa de dril, fue con motivo de las fiestas de marzo en honor a San José, Patrono del lugar; llegó a La Alameda, sitio con muchos árboles que servía como plaza de la localidad, a un lado la Casa de Gobierno y al otro la Iglesia, en donde, en sitios descampados, se instalaron

juegos de dados, bateas, barajas, comidas ambulantes con base a envueltos de harina y plátanos. Al lado de la Iglesia, montaron una cucaña con un premio de una moneda de oro a quien lograra agarrar la bandera que estaba al final del palo. Antes del anochecer, soltaron por la calle de piedras a un “cochino encebao”, la muchachada, con las manos llenas de cenizas, se fueron tras él y después de carreras, chillidos y un gran alboroto, lograron capturarlo. En esa primera incursión de hombre, Juan Pinto tuvo contacto con el cocuy, fue su primera borrachera, de las muchas que marcaron su azarosa vida.

Los años siguientes de su juventud los pasó entre las propiedades de Don Máximo García, haciendo conucos en posesiones ajenas, asistiendo al juego de bolo los domingos después de ir a misa, tomar aguardiente preparado que se encontraba en todos los negocios, hecho con base a fruta de burra, berro, naranjillo, menta, “anisillo”, limón y papelón. Cada domingo era una borrachera segura, lo cual se hizo costumbre con el transcurso del tiempo, y así, cualquier día de la semana que lo invitaran, le metía de frente al licor, eso poco a poco fue transformando su vida de hombre trabajador y apacible, se ponía agresivo, belicoso y defensor a ultranza del gobierno liberal, cada discusión pública giraba en torno al régimen de Guzmán Blanco, donde él como partidario, caía en riñas y espectáculos que rompían la paz, lo que conlleva a que comienza a sufrir los primeros garrotazos y visitas a los calabozos.

En el patio de bolos lo esperaban los domingos, servía de espectador, o como “coime” tenedor o juez de apuestas o “chancero” encargado de la devolución de la bola para un nuevo tiro, y de limpiar los palos u obstáculos que molestaban o impedían el recorrido de la bola. En ese sitio se le conocía desde niño y como sabían de su defensa a ultranza del liberalismo, los echadores de broma lo llamaban “godo”, a lo cual respondía con insultos que terminaban en peleas callejeras. La fama y el mote se fueron extendiendo en el pueblo, muy a pesar de saber que se trataba de un gran trabajador del campo y partidario del liberalismo. En esa localidad el hombre común buscaba cualquier propósito para reír hasta de su propia miseria.

A nivel nacional, las cosas no andaban bien para el gobierno liberal, el gran caudillo Guzmán se ausentaba del país y las ambiciones grupales y/o personales afloraban en todos lados. En la región surgieron dos grupos rivales, sin mayor diferencia que no fuese la rivalidad grupal: los “Chuíos” y los “Chuaos”, todos comandados por generales locales, con sus respectivas tropas, conformadas por trabajadores de sus propiedades. Ambos grupos se paseaban por las tres pequeñas calles empedradas del pueblo con sus hombres a caballo, como muestra de su poderío. La paz de la región estaba en peligro, había demasiados hombres armados en comunidad tan pequeña.

Esta es la oportunidad que esperaba Juan Pinto para servir como soldado, se alistó con los “Chuaos”, porque allí estaban los más nombrados generales del pueblo, y por recomendación de la familia García, con la cual estaba vinculado por afinidad. Le correspondió acudir a Uricare, a respaldar a un grupo del mismo bando regional derrotado en Yaure, con la finalidad de brindarles protección hasta la capital. Con la intervención del gobierno nacional, los caciques del pueblo llegaron a un acuerdo de no agresión y disolvieron sus grupos armados. La economía del país estaba grave porque la langosta atacó los centros productivos de café y granos de los cuales dependía la Nación, esa plaga arruinó a los productores y la población quedó sin trabajo y escasez de comida.

Nuestro personaje, junto a su madre y hermanas, fueron paliando la situación del hambre con comida a base de tubérculos, bledo, lechosas verdes, cogollos de frutales y animales silvestres en la montaña. La abuela había muerto, el papá no volvió a su casa y Don Pablo marchó buscando nuevos rumbos; su única esperanza era Don Máximo y su hijo Félix, que le tenían el cariño suficiente como para que le dieran acogida con trabajo para él, mientras su hermana Athalía, que era ya una señorita, trabajaba para una panadería, y su otra hermana, Matilde, se quedaba en el rancho ayudando a Domitila. Juan era el jefe de familia, estuvo pensando buscar una compañera, pero sus ingresos no daban para

mantener dos fogones; desde joven, realizaba esporádicas visitas nocturnas a un rancho ubicado en las márgenes del río, donde Candelaria lo atendía y esperaba compromiso, donde prefirió quedar contento hasta el amanecer y regresar cuando lo acodaran, siempre dejando un obsequio a la compañera ocasional. Nada de compromiso, sostenía que su lealtad le correspondía solo al Liberalismo, porque lo llevaba en la sangre.

Para finales del siglo XIX, el liberalismo entra en profunda crisis a nivel nacional por las disputas entre sus caudillos, ya no está el gran líder Guzmán; Crespo asumió el poder, controla las apetencias con elecciones donde solo participarán los venezolanos que sepan leer y escribir, se presentan dos candidatos Ignacio Andrade y José Manuel Hernández, este último recorre el país y despierta simpatía entre los humildes, viene a Yaracuy y nuestro personaje se adhiere a su candidatura, pero, las votaciones son controladas por los jefes civiles que están con Andrade y él no puede votar. Gana Andrade y Hernández se va a las armas, cuenta con el apoyo campesino, más no con el de los grandes pesos pesados del liberalismo, que terminan por imponer a Andrade.

Juan Pinto, aunque sigue siendo eterno defensor del liberalismo, ante el fracaso de Hernández intenta ahogar sus penas en el licor, situación que le trae numerosos problemas con las autoridades por sus escándalos y ofensas a los gobernantes de turno, lo cual le lleva a estar

durante un tiempo en los calabozos del pueblo. Obtiene la libertad gracias a las gestiones que realiza Félix García, hombre de trabajo y buena reputación en momentos que las fuerzas andinas de Castro y Gómez avanzan en Occidente. Gómez entra al pueblo, monta su cuartel general a pocas casas de la familia García, donde se encuentra Juan en calidad de depositado, sin poder salir a la calle por el compromiso asumido de no molestar más la tranquilidad pública con sus borracheras.

La presencia de Juan Vicente Gómez en la localidad se convierte en una trascendencia, todos quieren acercarse y establecer algún vínculo; los hacendados, comerciantes y jefes del otrora poderoso Liberalismo colaboran con morocotas, bolívares de oro, caballos, recursos logísticos y hombres para la defensa de la causa. Establecen acuerdos empeñando la palabra de apoyo para que la campaña “Restauradora” traiga la paz al país y bienestar a esta comunidad. A nivel nacional el gobierno se tambalea, la crisis del liberalismo es profunda, los andinos van ganando terreno, evitando dar batallas y ganando partidarios a su paso, entran a Caracas de manera triunfal, amarrando sus caballos a la entrada de la sede del Gobierno. Mientras la vida política entra en cambios de personajes, Juan Pinto permanece en su pueblo y se niega a abandonar a su partido Liberal, está enterado de la “mudanza” de tolda que han realizado los antiguos generales del liberalismo, prefiere callar o esperar otro momento,

ha dado su palabra a las familias que le cobijan de no meterse en brollos y, por los momentos, dejar pasar aquello, ya que tiene asuntos familiares pendientes.

Juan pasa ya de treinta años, sin darse cuenta, el pueblo ha crecido con la llegada de nuevas oleadas buscando refugio seguro y fuentes de trabajo, en su localidad se vive del café, ahora hay trillas que procesan el grano que producen en las montañas y lo mandan al Puerto para salir al exterior, esto atrae pobladores. El sector donde está el rancho que dejó su padre, se ha transformado en una calle con casas de barro y caña, los ranchos están desapareciendo, al este de la calle Real está levantándose otra calle, por las cuales nuevos personajes transitan, incluso hay otros Juan Pinto y para diferenciar a quien nos referimos lo comienzan a llamar: Juan Pinto “godo”.

De inmediato se hizo popular el mote que por burla le colocaron en el bolo y se hizo costumbre de todos el llamarlo así. Sin embargo, él nunca lo llegó a aceptar, respondiendo con groserías a quien lo llamara de esa manera o replicaba con otro sobrenombre, lo que prefería así antes de caer en peleas y romper la palabra dada a sus protectores. Para esos primeros años del siglo XX, el pueblo por su prosperidad fue asaltado por bandas que hacían de la guerra su profesión y surgió un defensor que se identificaba con el liberalismo y ayudaba a los pobres; no duró mucho y fue traicionado por los grupos que dominaban el comercio.

Con el paso de los años, la situación familiar de Juan se complica, su mamá Domitila muere de cólera, su hermana Matilde adquirió compromiso marital y embarazada se fue a vivir a San Pablo, quedó Athalia sola en el rancho, que estaba muy deteriorado y a punto de caerse, aparece entonces un comprador de apellido Ortiz, que quiere construir una casa con nombre de “Villa Dorliza”. Una vez cerrado el negocio y efectuada la venta, Juan se trae a su hermana a casa de la familia García, donde ocupan un corredor grande en la parte trasera, con salida independiente por una bocacalle, ya que la casa quedaba en una esquina, haciendo frente con la calle Real. Él sigue en sus deberes caseros y en tiempo libre hace conucos para obtener el maíz para los animales y, además, hacer sus “cachapas”; mientras tanto, ella aprovecha que está a dos casas de la panadería San Antonio, de Antonio María Sequera, y sale todos los días con una cesta de pan de distintas variedades a venderlas por los campos. De esta manera se va desarrollando la vida del personaje en una realidad que va cambiando entre elementos modernizadores con la llegada de la economía petrolera y nuevos actores que dominan el escenario del pueblo, estudiantes, maestros y profesionales que, con sus viajes y contacto con otras latitudes, traen conocimiento, artes y costumbres que se implantan en la comunidad.

Un accidente en la posesión de Félix García en Abondure, le hizo perder un dedo del pie derecho a Juan.

Junto a otros obreros, trataban de someter a un toro cimarrón nacido y criado en las serranías, y al ser enlazado, el animal echa a correr y arrastra la soga, ésta se le enreda en los pies, ya que los hombres de campo no utilizaban zapatos ni botas por razones económicas y costumbres, sino alpargatas de suela de cuero o goma; de inmediato, al intentar quitarse las alpargatas, a Juan se le desprende un dedo que había sido afectado por la tirantez de la soga. El accidente le origina un dolor intenso e inmovilidad por un largo tiempo, hasta que logra acostumbrarse a afincar el pie para caminar y realizar trabajos de fuerza. Durante su padecimiento y recuperación, no sale de donde vive, por las tardes Athalía le coloca una silla en la bocacalle que comunica con el otro sector, donde se sienta Juan a conversar con quienes pasan por allí; todas las tardes le visita el telegrafista Carlos Demartini, recién llegado al pueblo y vecino, quien le distrae con sus cuentos sobre el largo viaje que realizara junto a su familia para llegar a Venezuela, tertulias éstas que contribuyen a hacerle olvidar su tragedia. Con el tiempo, se va tornando grisáceo el color de su cabello.

Superada la situación de su salud, Juan Pinto sale a la calle con motivo de las Fiestas Patronales en honor a la compatrona Nuestra Señora del Rosario, imagen traída de España por el sacerdote Francisco Corell; el programa es amplio y hay muchos fuegos artificiales en las calles, es día viernes 7 de octubre y el pueblo ha

salido a festejar, por la mañana hay un juego de pelota entre el SUCRE STAR contra el VICTORIA de San Felipe, durante todo el día hay juego de bolo, batea y dados y en la tarde toros coleados. Es día de estrenar ropa, Juan sale de camisa y pantalón blanco, sombrero y alpargatas nuevas, va a misa como se lo han pedido sus patronos, luego a las once al campo de béisbol, ubicado a orillas del río en un solar limpiado por los jugadores; por ser festivo se juega con una Wilson y guantes, los demás días con pelota elaborada con cabuya y guantes de lona, elaborados en la casa. Pasado mediodía, va al bolo y acepta unos tragos de cocuy, para afinar la garganta según sostiene. A las 4 de la tarde se va a los toros coleados, que se celebran en la calle empedrada, donde está el comercio, allí se encuentra casi toda la población que admiran las ejecuciones del gran Jesús Alberto Barrios, considerado el mejor coleador del pueblo, acompañado de Julián Garrido, Jacinto Montoya y Ramón Rojas, quienes conforman un cuarteto de ases del coleo. La calle está cubierta de bambalinas y flores, las doncellas llevan cintas en sus pechos para premiar las coleadas y el público se resguarda en palcos, talanqueras y corralejas, algunas elaboradas por la Junta de Fiestas o por particulares. Las bodegas y negocios están abiertos vendiendo aguardiente y golosinas, protegidos por una talanquera; la gente pudiente, en palcos con su familia. Al grito de “ahí viene cacho”, el chasquido de los casquillos con las piedras y las fuerzas de los animales avanza la tarde de

toros al compás de pasodobles y música interpretados por la Banda Sucre, dirigida por el músico nativo Miguel Antonio Guerra.

La “guarapita”, un compuesto de aguardiente de caña a 42 grados de alcohol, con jugo de limón y azúcar, es la bebida preferida en las tradicionales tardes de toros entre la gente popular; sectores pudientes toman brandy Martell o Hennessy importado; Juan se mezcla con el público, todos le saludan como “godo”, de una u otra manera les replica con sobrenombre, pero da paso a la situación por la contagiada alegría que se vive en las fiestas. Al cabo de dos horas de corridas de toros el público comienza a retirarse, no así los consumidores de guarapita que siguen hasta que cierran los expendios, pero antes se apertrechan para seguir la parranda. A nuestro personaje, el alcohol le va produciendo efectos y comienzan a aflorar ingratos recuerdos de la traición de los encumbrados para con el liberalismo.

Cuando a una persona que compartía la reunión se le ocurre llamarlo: “godo”, estalla el mal carácter de Juan, se quita la camisa, lanza el sombrero sobre las piedras y comienza a gritar, defendiendo al liberalismo y acusando de traidores a todos los seguidores del actual régimen, en especial, a los comerciantes y dueños de las casas más importantes del sector; los compañeros de farra tratan de callarlo y, al no poder, deciden retirarse, porque el alboroto es grande y ofensivo. Juan se aferra a ventanas y portones para lanzar

improperios a los propietarios, antiguos generales liberales, arroja algunas piedras sobre las viviendas de éstos, arrastra su camisa por la calle y comienza a subir por el medio de esta gritando vulgaridades. La situación ha despertado a todo el vecindario y alterado la tranquilidad del pueblo, por lo que, al pasar frente al cuartel de policía, los dos agentes que se encontraban de guardia le dan la voz de arresto, lo someten y, de una vez, lo empujan a un calabozo.

Familias con mucha ascendencia en el gobierno, se quejaron por lo que consideraron un atropello a la dignidad y buen nombre la actitud de Juan Pinto, el jefe civil del distrito, lo conoce y sabe que es un trabajador y que son cosas del aguardiente, pero, ante las presiones, no tiene otra salida que declararlo enemigo del régimen, aunque, en lugar de mandarlo a las mazmorras del Castillo, lo deja en sus calabozos del pueblo, sin fecha de salida, a su orden y sin pasar por tribunales. Como enemigo del gobierno, a Juan Pinto le colocan en una pierna una cadena y una pesada bola de hierro, que debe portar en cualesquiera partes que se movilice, ya sea en el calabozo, en el patio con otros presos o haciendo trabajos, debe portar su “grillo”, como le llaman los presos, los cuales, sean comunes o políticos, para el gobierno gomecista deben trabajar para la comunidad, bien construyendo carreteras en zonas inhóspitas o zonas apartadas.

En el pueblo los colocaban a limpiar el monte que crecía en las calles entre las piedras; los comunes iban sin grillos, vigilados por un policía. A Juan Pinto, declarado enemigo del gobierno sin fecha de liberación le colocaban grillos con obligación de limpiar de monte las piedras frente a la Casa de Gobierno, una vez concluida esa tarea le encomendaban los alrededores de la Plaza. Por meses estuvo desarrollando esa tarea; su hermana, con el auxilio de la familia García, le traía la comida que le permitían una vez por día, la solidaridad de los otros presos le llevó a mejor alimentación. Cuando le tocaba estar limpiando el monte de las piedras y los transeúntes lo observaban con expresiones lastimosas, realizaba su labor con altivez, sin pena, llegando a susurrar para que no le escucharan los policías y en busca de un ánimo interior para soportar aquello:

“¡SON GODOS, SON GODOS, SON GODOS!”

Largo tiempo estuvo detenido Juan Pinto, sin condena y a disposición del jefe civil del distrito, como era costumbre en el gobierno gomecista, a pesar de las gestiones que habían realizado dos familias amigas, hasta que el telegrafista Carlos Dimarini y jóvenes estudiantes entusiasmaron al Padre Corell para llevar su voz ante los jefes del régimen, logrando así su libertad. Flaco y demacrado regresa a la casa de los García, recibiendo gran ayuda de éstos y de sus vecinos

los Mendible, para su recuperación física y mental. Pasa unos cuatro meses sin salir a la calle, algunos allegados que le visitan y entre ellos el sacerdote amigo que por las noches visita a la familia y aprovecha de darle sus consejos. Agradecido con su amigo telegrafista, Juan pasa a estrechar sus relaciones realizando para él sus compras y diligencias, ya que Dimarini se trajo toda su familia a vivir en el pueblo, y como la oficina no tiene repartidor de telegramas, él hace el favor a su amigo de llevar a sus destinatarios esos importantes mensajes llegados en clave morse.

El telégrafo es la vía más rápida con la cual cuenta esta sociedad que está en crecimiento, donde se han montado casas comerciales que envían mercaderías al Puerto y reciben artículos para su distribución en ésta y otras latitudes, en cuyo desempeño utilizan dicho medio de comunicación para llevar a cabo su tarea. En una ocasión en que llega un telegrama urgente a la oficina, el funcionario pide al voluntario ayudante que sin pérdida de tiempo vaya a casa de Don Hermilo a dar a conocer el mensaje, y presto fue a la casa del hacendado y comerciante, donde le informaron que estaba en una reunión muy importante en el Concejo Municipal; enseguida se dirige a esa dependencia y consigue que allí están congregados los personajes de mayor realce de la comunidad y un gran público interesado en lo tratado; entre tanta gente no encuentra como pasar a cumplir su mandato y decide mostrarlo

por encima de la gente y, aun así, no logra llamar la atención del aludido, por lo que decide llamarlo a plena voz y, de inmediato, pega un enorme grito:

“¡¡DON HERMILO...!!”

Al escuchar tan grande y sorprendente alarido, el recinto entra en un absoluto silencio, lo cual aprovecha Juan para dirigirse directamente a la persona a quien está dirigido el telegrama, y una vez obtenida su atención, como no sabe leer, le transmite a su entender lo que oyó decir al telegrafista sobre el contenido del telegrama, pegando un enorme grito:

“DON HERMILO..., LA CASA BLOHM DEPUERTOCABELLO... LE MANDA A DECIR:

¿Qué... QUÉ HUBO?”

Superada la sorpresa, aquel consistorio entró en risas y murmuraciones el hombre más poderoso del gobierno gomecista en la región, comerciante y hacendado, estaba atrasado con el pago de sus deudas, por tanto, esa comidilla puso en tela de juicio su poder. Por su parte, Juan, al observar bien el revuelo provocado, fue donde vivía, recogió su ropa y se marchó del pueblo, por temor a la represalia de aquel poderoso hombre. Los acólitos gubernamentales le buscaron en la localidad y sus alrededores para que pagara tamaña

afrenta, pero, no pudieron localizarle. Conocedor del territorio y del dominio que tenían los hacendados hacia las montañas al norte del pueblo, buscó hacer vida con dirección al este, vía las serranías de Cuara, se juntó con una partida de peones que se dirigían a Macanillal, a orillas del río Tupe, finca propiedad de Juan Evangelista Lugo, no era una gran hacienda, pero le permitía ganar para comer y mantenerse lejos del alcance de la gavilla gomera. Ese sector no estaba muy habitado, la distancia de una casa a otra era bastante considerable y la peonada llegaba sólo para la recolección del grano. El dueño le permitió pernocta permanente por conocer su causa, entonces, hizo un rancho con una “troja” de palos que casi rozaba el techo, para dormir a salvo de animales salvajes, leones y tigres americanos, que abundaban por esas montañas vírgenes. La familia del propietario era oriunda de la Sierra de Coro y el dueño había participado en una revuelta liberal con el general León Colina, así que compartían posiciones políticas frente al gobierno andino. Durante la cosecha, los peones dormían en un rancho al que denominaban “campamento” y Juan Pinto se acercaba para contarles lo beneficioso que fue el gobierno de Guzmán Blanco. El último día de cosecha, que acostumbraban a llamar “el remate”, el dueño invitaba a músicos, algunas mujeres y, además, repartía aguardiente para el disfrute de todos, oportunidad que aprovechaba el personaje para tomar cocuy, lanzar su arenga al liberalismo y al final, recibir la pareja que le correspondió a la medianoche e irse a

acostar con ella a su “troja”. Transcurridos cinco años sin saber nada de su familia y su pueblo, Juan Pinto, buscando que el tiempo pudiese haber sanado las heridas, pagó a un emisario del caserío más cercano que le quedaba, Palo Grande, para que se acercase al fundo de Abundure, buscara al señor Félix y le planteara sus deseos de regresar. La diligencia salió al pie de cómo deseaba y una oscura noche del mes de octubre decidió regresar y llegó de nuevo a la posesión de la familia García, que conocía su situación en su extensión, permaneciendo allí el tiempo necesario, hasta asegurar que su vida no corría peligro. En verdad, la situación en el poblado registraba cambios significativos: el poder omnipresente del gobierno andino había aflojado un poco en perseguir personas, los jefes fuertes ya no estaban, nuevos personajes dominaban los escenarios, los estudiantes formaban opinión y se asomaban nuevos cuadros políticos y sociales; existía luz eléctrica, escuela federal, correo, dispensario, nuevas calles, comercio próspero, autos y camiones que desplazaban el ya inusual traslado de mercancías con burros y mulas.

La noticia de la muerte de Juan Vicente Gómez fue recibida inicialmente con cautela, por el terror que el régimen sembró; una vez confirmada, Juan Pinto sale de Abundure al pueblo y se integra al jolgorio popular en la Plaza Bolívar, donde un grupo de personas manifestaba su alegría frente a la Casa de Gobierno y una jovencita

de dieciséis años pronunciaba unas palabras condenando la dictadura y abogaba por un clima de libertad, al frente le escuchaban su padre, para entonces Jefe Civil del Municipio, y uno de sus hermanos que era secretario de la Prefectura gomecista. Además de presenciar esta manifestación, Juan Pinto forma parte del desborde popular que acude a las fincas propiedad del dictador a, según ellos, hacer “justicia por su propia mano”, arrasando con cuanto valor y ganado consiguieran.

Mucho entusiasmo despertó en Juan Pinto el fin de la dictadura gomecista; aunque no entendía a profundidad la situación del gobierno sucesor, percibía que era más suave y que ya no estaban los antiguos generales que traicionaron al liberalismo. Ahora se hablaba de nuevos partidos políticos, mientras él permanecía fiel en sus creencias. No tardó mucho en celebrar en el bolo, el nuevo cuadro político de su comunidad, con su tradicional berrinche defensor de los gobiernos liberales y ataques a los grandes de la recién caída administración. Tampoco tardó mucho en ir a parar a los calabozos de la Policía, sólo que en esta oportunidad no fue vejado, ni le colocaron grillos, al día siguiente de pasarle la borrachera un agente fue donde vivía para que lo fuesen a buscar. Tres señoritas de las familias García y Mendible, que le tenían alto aprecio, llegaron hasta la comandancia a fin de acompañar a Juan Pinto y a la vez rogarle que dejara la bebida. Surge así un tiempo de calma y cordura en su vida porque se aproximaba a los setenta, la vida le había jugado momentos

duros y él contribuyó bastante a esa dureza, aunque siempre fue hombre de fe y consiguió, luego de los negros nubarrones, un ser protector. Se llevó muy bien con el Padre Corell, pero mal con el sucesor, Padre Narro, visitante asiduo de los García para oír la radio y tener idea de cómo iba la segunda guerra mundial; no lo toleraba por altanero y falto de buen trato, por eso dejó de ir a misa. Su hermana Athalía es muy religiosa y acude todos los domingos y feriados, sigue vendiendo pan, aunque prefiere atravesar el río y no pasar por el puente cuando va hacia los campos, hasta que un día, como religiosa que era, se metió en la procesión del Santo Cristo con dirección población abajo y, completamente concentrada en los rezos acostumbrados en dicha ceremonia, sin darse cuenta se encontró en medio del puente, y cuando se percató de ello, la sorpresa que le causó aquello a lo que tenía tanto pánico desde temprana edad, le originó un enorme ataque de nervios, cayendo desmayada de inmediato. El accidente alteró por completo el acto religioso, se le prestó rápida atención y con prontitud fue trasladada a la medicatura, donde lograron su recuperación. A los hermanos, el tiempo les fue pasando factura: él, flaco, cara surcada por arrugas y pequeñas cicatrices, pelo totalmente blanco y con defecto para caminar; ella, más delgada que su hermano, pelo cortico, que de lo blanco parecía una mota de algodón, caminaba con defecto ya que no afincaba el talón derecho. Así trabajaban, agradecidos

con el Creador y con las familias que les protegieron. Por las tardes, en forma religiosa José Pinto se sentaba en el portón con su inseparable silla de cuero a saludar y ver pasar los escolares. Ya con el sol en sus espaldas, balbuceaba para responder el saludo. La muchachada escolar, conocedora de sus episodios en el pueblo y del carácter que le acompañaba, le saludaban gritándole:

“JUAN PINTO...GODO”,

A lo que este, sacando fuerzas y aclarando su garganta, contestaba:

“¡¡GODO? ..., GODO SERA TU MADRE!!”

Al tiempo murió y todos los gastos de su sepelio fueron costeados por una de las doncellas de la familia García que le iba a buscar cuando estaba detenido, en su tumba mandó a colocar el epitafio:

“¡¡EL ÚLTIMO LIBERAL!!”



Y AHORA...

¿QUE DIRÁN?

Son las seis de la mañana, lo acaba de marcar el reloj de la Iglesia, todo es bulla en el pueblo; las carretas que vienen de otros sectores de la Sierra, recogiendo productos para llevarlos a La Mesa y de ahí al mercado regional, despiertan a los dormilones con el chillido de sus ruedas y engranajes, a lo que debemos agregar el grito de los cargadores. Las campanas dan el primer repique anunciando que la misa comienza a las siete, en las calles de piedras se escucha el pisar de los animales de carga y el sonar de los casquillos de los caballos que van y vienen al pequeño centro de acopio de legumbres y hortalizas, a ser enviadas a los mayoristas. Todas las luces de las casas del pequeño pueblo están encendidas desde la madrugada, porque, aquí en San Patricio, todo el mundo trabaja, bueno... con contadas excepciones, como por ejemplo los

aspirantes a políticos y los representantes del partido de Gobierno, que lo que saben hacer es ir al otro pueblo vecino para llevar chismes a cambio de favores.

Ana Teresa alista a sus hijos, para que asistan al centro educativo de seis grados que existe en la comunidad, la educación la reciben en tres aulas donde cada maestra imparte dos grados. Son pocos los alumnos, no hay mucha matrícula y algunos padres prefieren que sus hijos vayan al campo a ayudarles en el trabajo, muy a pesar de los ruegos de Doña Ernestina, una respetada maestra que tiene más de cuarenta años enseñando en San Patricio, a donde llegó, se casó y se quedó. Las otras dos maestras vienen de la capital y se van los sábados, son muy cumplidas y religiosas, colaboran con el padre Julián Alfredo en la organización del coro y la enseñanza de cánticos a los fieles.

Los tres hijos de Ana Teresa si van a la Escuela, Daniel Antonio está en sexto grado, Manuel Tarcisio en cuarto y Felipe José en primero; su mamá madruga para preparar las arepas de trigo que se lleva su esposo, José Tarcisio, para el campo, y la de los hijos, para que las lleven para la escuela. Ya el año escolar está por terminar y quiere que su adorado hijo mayor siga estudiando, su padre prefiere que se dedique a la siembra, ella insiste y cuenta con el apoyo de Doña Ernestina y del sacerdote Julián Alfredo, quien aboga ante las familias para que los jóvenes prosigan su formación, ya que posee gran ascendencia entre los hombres de este prelado, como

también llaman a este vecindario, dado que, por estar ubicado en un rincón de la Sierra donde el viento zumba con mayor fuerza, el nombre original cuando comenzó a poblarse el lugar fue El Viento, pero, por la burla de la gente, un misionero le colocó San Patricio y así quedó.

Para Daniel Antonio, los estudios no le apasionan mucho, preferiría irse a trabajar con su papá, pero como su mamá se empeñaba en que estudiara, él no la iba a contradecir. Así que se fue preparando para entrar al Liceo, ubicado en el pueblo más cercano, La Mesa, está a diez kilómetros de su casa, no hay transporte, sólo camino entre piedras y desfiladeros, la gente va y viene a pie al necesitar algo que no consigue en el suyo. Todos se conocen, siempre hay quien transite la vía, en las mañanas pasan muchos agricultores que tienen siembras de ajo por esos páramos. Daniel aprovecha las vacaciones para trabajar, ganarse un dinero, comprar uniforme y zapatos nuevos. Está en la etapa de crecimiento, próximo a cumplir trece años.

Llegado octubre, se encuentra listo para incorporarse a la formación media, debe levantarse a las cinco de la mañana, prepararse para salir a las seis, cubrir la distancia en dos horas y llegar directo a las aulas, recibir clases hasta las cuatro y media y luego el regreso a casa. Se siente extraño cursando con treinta compañeros más y un profesor por materia, al mediodía tiene que quedarse en una plaza o en el mismo Instituto para comer la vianda que le prepara Ana Teresa y regresar a

las clases del turno de la tarde. Su rendimiento es bajo, participa poco en el salón, le fastidian algunas clases y sus notas están por debajo del promedio. Cuando se apura en alguna materia donde viene mal, la aprueba con la mínima calificación; no tiene predilección por algún tema ni asignatura en particular. En este primer año no ha hecho grandes amistades y su relación con las hembras es escasa, si se produce es por algún encargo que desean le consigan en San Patricio, igual ocurre con sus profesores. Muestra apatía y desgano hacia los estudios, no obstante, consigue aprobar. El segundo año es una copia de lo ocurrido durante el primero, sigue en el Liceo por el empeño de su madre, no demuestra motivación hacia su formación, y como siempre, aprueba solamente cuando hace un pequeño esfuerzo. Los días que no hay clases por festivos o durante el periodo vacacional, prefiere quedarse en San Patricio, ayudar en el trabajo de las hortalizas a su padre, participar en los eventos de la Iglesia, y en las noches, conversar con los amigos en la esquina de su casa. Es un adolescente tranquilo, amante del mundo del campo, prefiere andar por la montaña y disfrutar el olor de los pastizales, del café recién colado, la leche acabada de ordeñar, el queso ahumado terminado de sacar y el frío mañanero característico de los páramos andinos. A su edad todavía no se siente atraído por ninguna muchacha, aunque sostiene amistad con las hijas de trabajadores de zanahorias y papas de lo alto de la Sierra.

Para el nuevo año escolar llega al Liceo una joven profesora, recién egresada de la Universidad Pedagógica en Química, le corresponde vivir alquilada en el pueblo de La Mesa y por coincidencia, sale para el Instituto al momento que Daniel se dirige al mismo, logran cruzar palabras y hacer la presentación de rigor. De esta manera nace una amistad que incidirá en la formación y en el futuro de este quinceañero. La profesora Honoria Lares tiene veintidós años, es muy aplicada y demuestra cualidades para la docencia al incentivar a sus alumnos a participar y romper el miedo en el salón, eso caló bien en un alumno desaplicado como Daniel Antonio, quien, poco a poco, fue mostrando interés por la química y física, aunque al resto de asignaturas las seguía arrastrando. La relación amistosa con la profesora Lares fue cambiando el perfil de este alumno, que anteriormente no mostraba motivación hacia los estudios.

Gradualmente se fue integrando al grupo de compañeros e interesarse en la práctica del voleibol, que al parecer era el deporte de su predilección. Comenzó a reunirse con amigos después de clases, ya no le importaba salir del Liceo e irse de inmediato a su pueblo, comenzó por aceptar una invitación para ir al cine, lo que era algo novedoso para él, porque, en San Patricio no había cine y el servicio eléctrico falla mucho por las lluvias y el viento, que tumba el cableado.

Ana Teresa, como buena madre, advierte los cambios experimentados por su hijo en la voz, la vestimenta, el regreso a casa y en mostrar algo de interés por los estudios, y se lo hace saber a su esposo, para que le brinde la mayor ayuda posible. Cursando el cuarto año en el Liceo, organizan un campeonato de voleibol y asiste como aficionado, es en la tarde-noche, su propósito es verlo un rato y regresar a su casa antes que el cielo se ponga más oscuro, busca asiento en las gradas y le toca al lado de una joven cursante de tercer año y que acaba de cumplir los quince, entran en conversación por lo emocionante del partido, empatado a cinco sets y las barras hacen bulla para mantener la tensión. Daniel Antonio no se percata que la noche va cayendo lentamente, al terminar el encuentro la joven que anda con amigas le pide que le acompañe hasta cerca de su casa, ya que ellas se quedan antes, a lo cual accede gustoso sin pensar en su regreso. De forma cordial se despide de la muchacha, ya que le agradó su compañía y por su buen verbo y finos modales; y es entonces cuando toma conciencia de que está cerca la medianoche y que en el camino hay una curva denominada “la curva del guararán”, donde dicen que sale un muerto, y como está sólo, prefiere amanecer en una plaza y soportar el frío que baja del peñasco de San Patricio, sabe que su madre se va a preocupar, pero prefiere aguantar hambre y frío y no arriesgarse.

En el Liceo, a la salida de clases, busca encontrarse con la joven que le ha llamado la atención, su nombre es Esther Carolina Majano Mojica, es una morena clara, esbelta, facciones finas en cara y cuerpo, pelo liso que le llega hasta la cintura, ojos verdes grandes que tiran a amarillos, de voz fina y andar pausado. A ella tampoco le cae mal su compañía, todavía no se le ha conocido enamorado y cuentan que es la más bella de tres hermanas. Todas las tardes caminan hasta los alrededores de su casa y un buen día, en unión de amigas, se van al cine de ese pueblo que lleva el nombre del más grande hombre que ha parido este país, no le importa la película porque de eso no sabe nada, es la segunda vez que acude a este medio, lo importante es que está con ella y que al terminar el filme, la llevará a las cercanías de su vivienda, y tiene que irse de nuevo a la plaza a aguantar hambre y frío porque no puede regresar a su casa a esa hora y por temor a la fulana curva.

Daniel Antonio está enamorado, y con los consejos de la profesora Honoria Lares, llegó a convertirse en el mejor alumno de química y física, en el resto de las materias también mejora, sin constituirse en destacado. Explica a sus compañeros sobre química y recibe ayuda económica para invitar a su enamorada a disfrutar de empanadas y jugos. Estando en quinto año se decide a declararle su amor, no lo había realizado por miedo a la familia por ser un campesino y no tener

mucho que ofrecer a futuro inmediato. Un sábado en la tarde-noche, antes que ella entrará a una fiesta a la cual él no estaba invitado, le agarra sus manos, le explica todos sus sentimientos y le jura su amor; ella lo esperaba, aunque lo asume como mera formalidad porque ya de antemano lo sentía y compartía ese amor puro de dos seres que creen haber nacido para estar juntos una vida; de seguidas, sellan esas decisiones con un beso, para ambos el prometedor de amor en su existencia. Ella se fue a su fiesta y él a su plaza a esperar el amanecer, saboreando sus labios humedecidos por el lindo y sabroso néctar del amor.

En las comunidades pequeñas alguien ve, escucha o supone algo y se riega como pólvora la noticia, en este caso, es verdad que la bella morena Esther Carolina tiene un enamorado que es del campo, comentarios van y vienen sobre “qué dirán sus tías, porque ellas esperaban un linajudo para su sobrina”. En el Liceo todos lo suponían, sus hermanas lo sabían y sus amigas también, porque los vieron agarraditos de la mano en el cine. El padre de Esther salió como marino mercante, en cada puerto un amor, y la madre es enfermera, tiene que trabajar duro por guardias para sostener el hogar; las hijas han estado bajo el cuidado de dos tías solteras, especialmente Raimunda, que con un carácter fuerte ejerce mucha influencia en sus sobrinas, prácticamente, ella las ha criado y las atiende como soporte económico, es jubilada del Correo y, al

no tener hijos, sus ingresos se los pasa a las niñas, con especial dedicación a Esther, a la que considera “la niña de sus ojos”. Las aconseja y presiona para que se cuiden y hagan buena escogencia a la hora del amor. Sostiene que a su familia no le puede pasar lo que ella sufrió, en este caso está pendiente del mínimo movimiento con quién andan. Es un duro escollo para cualquier pretendiente, y en el caso de Daniel no representa mucho para ella, además del mal concepto que tiene del mismo por ser del campo.

Son amores de estudiantes, él quiere entrar a su casa para una formalidad, ella se debate entre los mandamientos de su corazón y los regaños de sus tías. Él logra convencerla que, en lugar de acompañarla hasta la esquina, llevarla hasta la puerta de la casa, piensa que el tiempo y sus buenas acciones derribarán los obstáculos; por vez primera comienza a pensar en el futuro, en una vía para ascender socialmente y proporcionar a su amor una vida de altura, la pequeña propiedad de su padre no le daría para vivir como quiere con Esther, además, al heredar debe compartir con sus hermanos, no queda otra que la educación como palanca de movilidad social, el camino para ser un buen profesional.

Daniel termina su formación media, muy bien en química y física, mejorado en matemáticas y de rodillas en las otras asignaturas. Es la primera promoción

completa del Liceo, realizan un gran acto protocolario y una fiesta, sus padres hacen un gran sacrificio económico y le acompañan, junto a su hada madrina, la profesora Honoria Lares. Al gran amor de su vida, sus enojadas tías le prohíben asistir a la celebración. Para esos amores existe mucha oposición en la familia de Esther, desean a alguien que desde ya le asegure el porvenir, se expresan mal del campesino, emplean tonos despectivos para referirse a su forma de vestir y de hablar, dicen que es un don nadie y si se casan se la lleva para la Sierra donde no hay ni luz.

El comienza a madurar, siendo un joven de dieciocho años, se preinscribe para estudiar ingeniería química en la gran Universidad de la Cordillera, ubicada en la capital regional, queda lejos de San Patricio; en espera del cupo universitario, se va a trabajar la tierra de su padre en producir zanahorias y legumbres, logra además introducir la siembra de ajos, producto al que le ve gran porvenir económico. Los sábados, después de entregar la producción baja hasta las cercanías de la casa de Esther Carolina, donde una señora amiga les permite que se vean y conversen un rato en su casa a escondidas de la tía Raimunda, tenaz opositora a esos amores. Él le expone a su novia sus planes de irse a la Universidad para hacerse un profesional y buscar mejores horizontes, ella demuestra tener mucho miedo de esas citas a escondidas y gran temor dentro de su familia porque ahora todos están en contra. Él insiste

que cuando vean que sí hay futuro, ellos cambiarán. Salió el cupo en la Universidad, Daniel debe arreglar todo rápido, no hubo tiempo de despedirse, ganó una pequeña cantidad en el trabajo de la tierra y en el negocio de los ajos que le sirven para pasajes, su papá le dio una módica suma y su mamá le promete ahorrar para girar. Se va de su pueblo con un morral lleno de esperanzas, no tiene conocidos ni familiares en la capital regional, tampoco ha vivido en ciudades, es como nacer de nuevo; comenzar sin apoyo material es fuerte, pero más fuerte es querer echar hacia adelante. La profesora Honoria le recomendó algunas residencias, lo del comedor universitario y las becas que otorga la Universidad, se va confiando en Dios y en el Estado democrático benefactor. Ubicado en la primera residencia recomendada, se lanza a conquistar la ciudad y formalizar su inscripción, para arrancar con las clases.

Cada día que pasa en su nueva vida de universitario, Daniel Antonio demuestra madurez y responsabilidad consigo mismo y aumenta su confianza en los planes a futuro, consiguió una beca para pagar la residencia y una para comida, y con lo poco que le envía su mamá lo usa en pasajes y asuntos personales; no puede comprar libros y los consulta en la biblioteca de la Facultad, se traslada en autobuses universitarios para estirar lo poco que le entra. Escribe a Esther Carolina para contarle cómo le va en la ciudad y en sus estudios, no tiene diversión ni vicios de licor, como tampoco

salir de paseo por los diversos sitios turísticos, prefiere estudiar y descansar. Le cuenta estar a gusto en la carrera escogida y la anima a terminar su bachillerato; le promete que al terminar el primer año iría a verla. Le llegaron las dos primeras cartas de su amada, pero, después del segundo semestre, no le llegó más nada, por lo que, todos los días revisaba el correo y eventualmente sólo tenía el pequeño giro que enviaba su madre. Atribuía esto último a que se habían mudado de barrio o que, tal vez, Raimunda le impedía contestar sus cartas. Esto no lo de desanimó, aún confiaba en ella; le atraían hermosas y jóvenes estudiantes, pero él no pensaba en más nada sino en estudiar y en aumentar el recuerdo de esa esbelta morena de ojos verdes.

Al concluir los dos primeros semestres no pudo viajar a su pueblo ya que prefirió adelantar materias electivas y optativas en los cursos de verano, los sentimientos y afectos los dejó para después, prefiere enfrentar la realidad como estudiante; aunque si le preocupa el silencio de Esther; pone los pies sobre la tierra y coloca como primer objetivo, llegar a ser profesional, ya habrá tiempo de arreglar todo. Por ahora, se le está abriendo la posibilidad de ser preparador, ayudante de profesor, con acceso a otra ayuda económica y descargar a su mamá del giro, que le originaba un recorte a los gastos de la casa. Todo esto significaba un avance en los propósitos fijados, no había razones para interrupciones, debía seguir adelante con confianza.

Regresa a San Patricio cuando va a mitad de carrera, por una suspensión de actividades académicas en la Universidad, a causa de una de tantas huelgas que ocurrían con frecuencia, pero que en esta ocasión era más larga que las anteriores, aunque, siempre por los mismos motivos: faltas presupuestarias y el empeño de los gobiernos de turno de intentar acallar la voz y el pensamiento libre, que nutre y es esencia de su existencia de las Academias de Educación Superior.

San Patricio está de fiesta en honor al santo patrono, aprovecha para estar con su familia e intentar visitar en el pueblo a diez kilómetros a Esther Carolina, no ha tenido más noticia de ella y que sigue siendo la dueña de su corazón. En la noche participa en la procesión de la imagen patronal hacia la capilla ubicada en la punta del peñasco, allí será depositada hasta el siguiente día, toda la noche se efectúa una vigilia con cantos y rezos, allí reparten chicha de maíz fermentado, chicha de apio, café cerrero para paliar el frío, sancocho de gallina y aguardiente. A esa actividad llega gente de todos los páramos cercanos, es día no laborable, durante el cual hombres y mujeres visten sus mejores galas. Allí se consigue con Magdalena, bella joven con sembradíos de papas, a quien conoce desde niño y que rara vez sale de su comarca, establecen buena conversación que trata sobre el tema de la producción y la necesidad de mejorar los precios de venta.

En la tarde siguiente fue al pueblo de La Mesa a tratar de ver a su adorado tormento y se consigue con que se habían mudado de barrio. Pasó a visitar a la señora amiga que le permitía verse a escondidas con Esther, ella le contó toda la verdad. Le afirmó que a ese pueblo en crecimiento llegaron comerciantes de muebles, línea blanca, tiendas de ropa, panaderos, bazares de baratijas, también montaron una radio ligada a la Alcaldía, eso causó un gran revuelo en los habitantes del pueblo. Presionada por sus tías le indicaron a la joven que su futuro estaba con alguno de esos personajes, que se olvidara suyo, niño Daniel, que usted al graduarse no la buscaba más, que ella no podía “quedarse para vestir santos”, que se fijara en el espejo de Raimunda que, de tanto esperar a un prometido, se quedó solterona. Se le acercó a ella, tan bonita y atractiva, el hijo de un portugués dueño de panadería, la enamoró con la promesa de casarse, lo dejaron entrar a la casa nueva donde viven, al poco tiempo le puso un hijo y se desapareció. Cuando se recuperó de la afrenta experimentada, le llegó un locutor de la radio que en sus programas le dedicaba canciones y palabras muy bonitas, el cual, alabado por sus tías, a ese también lo aceptaron, y como dice el dicho popular “comió y se perdió”. Mejor que ocurrió así para esa pobre mujer, porque por ahí se corre la voz que ese locutor es consumidor de hierbas. Total, amigo, que las tías, por ambiciosas, le tumbaron el porvenir a la hermosa damita.

Al llegar a casa, Ana Teresa, como madre que conoce a sus hijos, al ver a Daniel con cara de derrotado le dice que ella sabía de la presión de las tías sobre Esther y en lo que la pobre ha caído, por lo que le aconseja seguir adelante, que mujeres de mucha valía se consiguen. Daniel se retira a reflexionar y, al final, dando crédito a estos relatos, se dedica en cuerpo y alma a trabajar las tierras junto a sus hermanos, por la avanzada edad del papá. Insiste en la siembra del ajo, ya que ha observado en la capital regional que, en los mercados, este producto tiene una gran demanda, sin dejar a un lado los consejos que su amiga Magdalena le dio sobre la papa.

Al reanudarse las clases, se reintegra a la Universidad, esta vez en mejores condiciones económicas porque ha logrado transportar ajos para ser vendidos entre detallistas y restaurantes de alta afluencia, y con el ingreso que obtiene puede sostener su estadía y, además, librar a su mamá del envío del giro acostumbrado y, en lo adelante, dicho giro sería al contrario, aliviando así, los gastos del hogar familiar. Cuando se le acabe el ajo, su hermano Manuel vendrá a traer más para mantener la clientela que ha establecido en la ciudad. Por completo se entrega a los estudios y al comercio del ajo, que en horas libres él distribuye y cobra a satisfacción.

La carrera de ingeniería química la termina exitosamente en diez semestres con la más alta calificación, quedando de primero de su promoción. Sin saberlo, una compañía

norteamericana que busca talentos para consorcios internacionales, le venía haciendo un seguimiento, por lo que, al graduarse, le propusieron una oferta de trabajo en una planta de químicos localizada en Maracay, donde debía acudir a realizar una entrevista y, de ser positiva esta, entonces, entraría de inmediato a trabajar con ellos. Daniel aceptó la oferta, pero, antes va a San Patricio a reunirse con su familia, deja la producción y comercio de ajos al detal en manos de sus hermanos Manuel y Felipe, visita las tierras, invierte para una nueva cosecha, pasa para la punta de la Sierra a hablar con los paperos sobre negocios y a charlar con Magdalena para renovar así el vínculo amistoso y colocar a su orden cualquier diligencia dirigida a obtener materia prima o abono para los cultivos.

La entrevista en Maracay fue con el Gerente de Recursos Humanos de la Corporación Phillips, salió positiva, porque su perfil encajaba en un proceso de formación de la compañía, realiza todos los trámites de ingreso, con el compromiso de que, en un año, debía dominar el inglés básico a fin de que se fuese a una Universidad relacionada con la empresa, al objeto de realizar su especialización.

Vive en Maracay y puede trasladarse a San Patricio los fines de semana, donde atiende la siembra, el negocio del ajo y está con sus padres y hermanos. Cumple la promesa a Magdalena de ayudar a conseguir los

insumos para los paperos de la Sierra y está dedicado al estudio del inglés, mientras se hacen las diligencias del visado. Le ruega a Tarcisio y a Ana Teresa que dejen de trabajar mientras vivan, que sus hermanos y él se encargaban de todo en lo adelante. Por sus relaciones con los productores en lo alto de la Sierra, le permiten comprar a buen precio las cosechas de ajos y papas e instalan un centro de acopio en el pueblo de La Mesa, que es hasta donde pueden llegar los camiones grandes, Manuel y Felipe manejan el negocio y él les pide patrocinar un equipo de fútbol de niños, con el logo de la empresa.

Después de un año, la compañía envía a Daniel Antonio a California a un entrenamiento en su sede y a comenzar en la Universidad de Stanford su especialización; durante su estadía, no abandona las actividades de la empresa que ha fundado, se mantiene en contacto telefónico para que sigan sus operaciones, igual hace con Magdalena que se ha convertido en punto de apoyo en la parte alta de la Sierra. Ella le atrae, es una linda paramera, blanca, con la piel rosada por el frío, no logró estudiar, es sencilla y conoce todos los oficios del hogar, de veinticuatro años y una fuerte disposición para el trabajo; llegó hasta el sexto grado y se dedicó con su familia a producir papas, es soltera y habilidosa para los negocios. Él, desde la época juvenil, no se ha vuelto enamorar y ahora piensa mucho en ella como una magnífica compañera, con quien vale compartir hogar.

Al terminar la especialización, la Phillips lo nombra para gerenciar sus plantas en Latinoamérica, con sede en Argentina. De inmediato, se dirige a su pueblo con la finalidad de proponer matrimonio a Magdalena y arreglar todo lo que sea concerniente. La boda se realiza en San Patricio de forma sencilla y se marchan a vivir en Buenos Aires. La empresa del ajo ubicada en La Mesa rinde sus frutos bajo la administración de sus hermanos, a la cual ahora se añade el negocio de la distribución de insumos agrícolas, propiedad de Magdalena y administrada por sus cuñados. Cada cierto tiempo, Daniel Antonio aprovecha una visita a Venezuela y supervisa su empresa, ahora también dedicada al procesamiento del ajo, colabora con el deporte del voleibol y en el mes de enero cubre todos los gastos de piñatas y regalos para los niños de San Patricio.

Treinta años duró en distintos cargos de la transnacional, viajando con su esposa e hijos por muchas regiones. Ya con la cabellera semi plateada, decide retirarse. Los hijos se quedaron en Estados Unidos, son ciudadanos americanos y allí desarrollan sus actividades. Él y su esposa regresan a San Patricio, a vivir de sus ganancias.

Un buen día, estando en su empresa de La Mesa, se le acerca un jovencito de diecisiete años y le pide trabajo.

*“¿Cómo te llamas?” le pregunta
“Daniel Majano, soy nieto de...”*

Daniel lo interrumpe de inmediato y le dice:

“no me digas tu apellido, tu cara y esos ojos verdes me lo dicen todo”

A continuación, ordena a Manuel darle trabajo al muchacho aspirante. Es la primera vez que aflora en su mente el recuerdo de lo que pudo pasar, pero que no pasó.

En esos pueblos de la Venezuela adentro, donde la gente tiene poco que hacer, nunca faltan en plazas y esquinas las murmuraciones, pero, también en ocasiones, el comentario surge de manera cariñosa y reconocedor de una buena actuación, por lo que, ahora en San Patricio, cuando ven pasar a aquel hombre próspero y de buen corazón, benefactor de su comunidad y buena gente, se oye decir con todo cariño y respeto a su persona:

“Miren pues, las vueltas que da el mundo, es el mismo campesinito que hace tiempo rechazaron...”

¿Y AHORA, QUÉ DIRÁN?”



ABILIO JOSÉ MUJICA
BARRETO

El conde de Durute

Abilio José Mujica B., nace en Guama en 1920, es el segundo de nueve hijos de la unión conyugal de Rafael Mujica e Isabel Barreto. Sus vecinas, las hermanas Esparragoza, fueron quienes lo iniciaron en la lectura y la escritura, para seguir primaria en la Escuela Federal de varones “José Tomás González”, dirigida por el maestro de maestros Francisco Camacho. Obtuvo su certificado de cuarto y sexto grado ante un jurado de San Felipe, presidido por el destacado educador Trinidad Figueira. Por su expresión versátil y la memoria para expresar los contenidos programáticos, el jurado recomienda proseguir estudios. Esta era una recomendación que no se otorgaba a todos, por

las pocas o ningunas oportunidades educativas que existían en el Estado y porque las personas ingresaban a la escolaridad a cierta edad, muchos al concluir el sexto grado eran ya una fuerza para el trabajo.

Junto a otros dos jóvenes guameños, Luis Oscar Salvatierra y Clemente Pacheco Ochoa, ingresa a la Escuela de Maestros Rurales ubicada en El Mácaro, en las cercanías de Maracay, estado Aragua. Por su facilidad para establecer relaciones, hace amistad entrañable con Reinaldo Leandro Mora, quien años después ocuparía puestos de primera línea en el Poder Nacional; éste, a pesar de sus roles de alta jerarquía, le profesó atenciones y gran cariño. Al salir de El Mácaro, Abilio y Clemente Pacheco ingresan a la Escuela de la Guardia Nacional y egresan en la tercera promoción de dicha Institución. Por su alto rendimiento, son invitados a seguir la carrera militar en la Escuela de Oficiales de la Guardia Nacional, Abilio prefirió irse al campo de trabajo y Clemente siguió para oficial, graduándose como Alférez Mayor de su promoción.

A nuestro personaje, le correspondió prestar servicios en Ciudad Bolívar, Cumaná, Maracaibo, Coro y en la Sierra de Falcón, obtuvo el grado de Sargento, comandante de puestos militares importantes en una época en la cual escaseaban los oficiales. En Cabure conoció a Teodora Payares, con quien contrajo matrimonio y procrea cuatro hijos. Después de 16

años en la actividad militar, regresa con su familia a su pueblo, a integrarse a la vida civil. Variadas son las ocupaciones que asume en su región, le fue adjudicada una parcela en la recién fundada Colonia Agrícola de Durute, y por esa razón se ganó el apodo de “Conde de Durute” entre el cada vez más creciente círculo de amigos. Luego desempeña funciones públicas en diversas oportunidades, también hizo de comerciante, vendedor de carros, gestor de títulos de propiedad, prefecto de Municipios, director de Prevención del Delito, criador de caballos y una gran afición al coleo, donde no destaca, pero le proporcionan muchas relaciones por su personalidad de ser sumamente social.

Intentamos pues, a través de este jovial y simpático personaje abordar una parte más del quehacer histórico de nuestra región, ya que, asimismo, es una fuente de obligatoria consulta por ser hijo del pueblo y haber desarrollado condiciones de modesto comunicador y dominador de numerosas historias de su región natal. La microhistoria encierra muchos elementos que nos amplían la praxis y el entorno que enfrenta y construye el hombre. En el fondo de los sucesos siempre hay un profundo contexto histórico. En la ejecución del presente trabajo empleamos grabaciones, conversaciones, testimonios, publicaciones, relatos de amigos y familiares de un hombre que en su tiempo era considerado como el “Cronista popular de Guama”, porque atesoró mucha información sobre el pueblo y su

gente, fruto de sus vínculos con varias generaciones del siglo XIX y del siglo XX.

El material, por su extensión, lo hemos dividido en etapas, todo ello visto y presenciado por él, según asegura Abilio José Mujica Barreto. Llegue a nuestros amables lectores la mejor intención de hacer conocer a una comunidad y su gente, de especial significado para quien se precie de ser nacido en su jurisdicción.



UNA DE CAZADORES

PARTE I

Contaba Abilio que, como la fauna silvestre era abundante en el entonces Distrito Sucre, durante su infancia y juventud escuchaba los cuentos de cazadores reunidos alrededor de “la Pila del Muñeco”, lugar de reuniones para la época. Eran vecinos del pueblo dedicados a distintas faenas diarias y practicaban la cacería en horas nocturnas. Criaban perros de orejas largas y los amaestraban en seguir el rastro de lapas, cochinos de monte, venados y hasta tigritos americanos. Esa práctica la realizaban en las montañas de la Sierra de Aroa y en los bosques cercanos al pueblo. Entre ese grupo podemos mencionar a José Dolores López, Rosario Miralles, Teodoro Peña, Eusebio Blasco, Blas Blasco, José Hilario López, Romelio López y Régulo Muñoz, este último era el benjamín de la partía.

Aupados por los cuentos de otros colegas, decidieron incursionar hacia las riberas del río Yaracuy, por los lados de Durute, en las orillas de unos caños de la finca de Juan Eugenio Chávez; como el sitio era lejano, prepararon abundantes provisiones, comida en latas, guáimaros, chimo y cocuy. La información era que había muchas lapas en ese sector, debido a la existencia de matas de mangos y que, junto a los cochinos de monte, estaban “cebaitas” allí; además, en las noches sin luna, bajaban dantas de la Sierra de Nirgua y Chivacoa. Llegaron en la tarde, en camión marca Internacional, facilitado por los chinos Siem y conducido por Hermógenes Arteaga, quien también practicaba la cacería. Régulo preparó arepas, un mojo de sardinas con berros, agarrados de las quebradas de la finca. Entrada la noche, iniciaron la ceremonia para brindar a los espíritus con “fruta de burra” que había llevado Romelio López; y cuando ya iban a arrancar, Régulo y los “aguardientosos” del grupo, insistieron en echarse otro “palito”, y otro “palito”, y otro “palito”, bajo el subterfugio de que era para espantar el rocío de la noche, “es que está dulcito”, decían.

De pronto, la noche oscura se iluminó por completo, cual, si fuera ya un día soleado, y, en una de las quebradas, apareció sobre el agua la Reina María Lionza, que había bajado de la montaña montada en una danta; de inmediato, todos quedaron enceguecidos y paralizados por aquel brillo y la esbelta figura de la Diosa de los montes, cayeron a la arena inmóviles y, de

inmediato, todos entraron en un sueño profundo. Así amanecieron, dormidos en un solo montón, y apenas despertaron, todos decidieron regresar al pueblo de inmediato. En el camino de retorno, nadie se atrevía a hacer comentario alguno y privó un silencio absoluto en el camión Internacional donde viajaba el famoso equipo de “cazadores”.

PARTE II: OTRA DE CAZADORES

Un grupo de asiduos clientes del Bar “Continental”, regentado por José Ramón Durán, estaban hablando de cacerías y de unos venados que llegaban por los linderos comunales entre Quigua y Sabana Larga, por los lados de la quebrada de San Pedro. Entre los oyentes se encontraba Francisco “El Negro” Freitez, acompañado de Pablo “Morocho” Viez y Juan Arteaga. Los asistentes cazadores que frecuentaban el botiquín, incluido el regente del bar, quien también practicaba esa acción; junto a Gustavo Castillo, Emilio López, Clisanto Oropeza, Santos Silva, Emilio Rodríguez, Ramón Rodríguez y José Rafael Colmenares, animaban la conversación con cervezas bien frías. “El Negro” Freitez se interesó en el tema y, echándose de cazador y conocedor de la zona, porque tenía una conquista por esos lares, se entrometió en la conversación.

Con la presencia del recién llegado, se entusiasman todos y Gustavo propuso que salieran esa misma noche ya que el Negro tenía un camión 350, donde

cabían todos con sus perros y podrían traer venados para comer al regresar al pueblo. En el bar compraron el bastimento y cada uno fue a buscar sus aperos para verse en una hora en el mismo lugar. En verdad, el Negro conocía bien la región, después de salir del pueblo condujo su carro hacia Sabana Larga dizque a buscar su escopeta; al llegar al sitio donde se dirigía, de inmediato entra a la vivienda rural, deja la puerta abierta y al poco rato sale junto a una dama que viene a despedirlo, la cual trae en sus brazos a un “catirito”, pelo amarillo y ojos azules, y el Negro, con una sonrisa de oreja a oreja y completamente emocionado, nos presenta al niño y nos dice a todos que era su hijo, de ocho meses. El grupo regresa al camión, todos bajo un profundo silencio, ya habían acordado seguir al sitio indicado, señalado para iniciar la cacería, pero, eso sí, sin decir ni una palabra sobre el “hijo” del negro Freitez, que les fuera presentado por “su padre” a la salida de la vivienda rural, “basirruque”, exclamó José Ramón Durán, “no se vaya a poner bravo ese guaro y nos quedamos sin transporte para regresar al pueblo”.

Así, al llegar a la quebrada San Pedro. se internan en un bosque donde los perros detectan un grupo de venados, preparan las linternas, escopetas y apretaron los gatillos. Hubo un desbarajuste en la oscuridad y todos corrieron hacia el bosque en direcciones distintas, donde ladraban los perros, nadie sabía de resultados; en la oscuridad Emilio López observa los ojos de un venado y le suelta una carga de guáimaros

que fueron a parar a la humanidad del Negro Freitez, quien en el bosque había conseguido un venado muerto, víctima de los primeros disparos, y se lo había echado al cuello, con la mala suerte que los ojos aún vidriosos del animal quedaron hacia adelante y eso fue lo que Emilio López vio en aquella oscura noche. El grupo regresa a Guama para atender la emergencia causada por los perdigonazos en el cuerpo del Negro, afortunadamente no hubo males mayores y quedó todo en el susto que se llevaron.

El Negro Freitez, en otra de sus correrías con otra dama del mismo sector, tuvo un accidente de tránsito por los lados de Chivacoa, lo ingresan al hospital para una radiografía detectora de fracturas. Se la realizó una médico radióloga venida de Maracaibo, que quedó asombrada al ver aquella placa del Negro con muchísimos puntos luminosos regados por todo su cuerpo en la parte inspeccionada, tanto fue su asombro que llama de inmediato a otros colegas para que vieran la figura de “un negro iluminado”. Aclarada la situación por parte de los acompañantes del Negro Freites que le explicaron lo sucedido aquella noche de cacería, la doctora, sin salir aún de su asombro, al saber que aquellos puntos luminosos eran causados por el bojote de perdigones que le quedaron en el accidente de cacería antes mencionado, buscó donde sentarse y no paraba de reír, lo cual se acrecentaba cuando veía la cara que ponía el Negro Freitez, quién para ese momento, no estaba enterado de que, tanta algarabía de

la doctora, era producto de que, antes de haberle contado la experiencia del Negro Freitez como cazador, ella estaba convencida de que se había topado con “el hombre biónico”, por el resplandor mostrado en la placa de Rayos X.

PARTE III: Y OTRA DE CAZADORES

En otra ocasión la cacería se fue para otro lado, el grupo integrado por Jesús “Chucho” Giménez, José Ramón Durán, Régulo Muñoz, Elpidio Rodríguez y Julián Díaz arrancan por la quebrada Taracoa, buscando Obonte, Palito Blanco y Boraure. Esto ocurrió a comienzo de mayo, cuando empiezan las lluvias, caen grandes aguaceros y las quebradas y cauces crecen; esta situación hace que los animales silvestres se escondan o busquen sus cuevas, especialmente, las lapas, animal que era la razón básica de la cacería programada. No obstante, los cazadores y sus perros están acostumbrados a condiciones adversas, tales como soportar agua y nadar entre ríos crecidos y cruzar sus corrientes. Reflectores y linternas alumbraban toda la ruta, sólo se escuchaba el chapuzón de los pasos en el agua, el sonido de grillos, chicharras, cocoas y el aletear de pájaros negros, lechuzas, aguaita caminos y mariposas, despiertos por la presencia de la inusitada luz y los incómodos visitantes perturbadores de la paz en una zona bendita y tranquila, alejada de tanta destrucción. Siguiendo la ruta de la corriente, se alejaron de Obonte y Palito Blanco para llegar a Boraure por el lado este, donde la quebrada

atraviesa el pueblo buscando verter sus aguas en el río mayor que da nombre al Estado Yaracuy.

La lluvia no había disminuido, su caudal era asombroso, hasta esos momentos las escopetas permanecían en las manos o en hombros de sus portadores, en ellos sólo se movía el morral terciado para extraer el litro de cocuy y el chimó “mapora” para paliar el cada vez en aumento del frío y la humedad. No habían alcanzado nada notable, pero la voluntad y el hecho de conocer la comunidad, les hizo atravesar sus desoladas calles para buscar aguardiente, porque el camino y el tiempo los obligó a mayor consumo. Fueron a llamar a Esteban Merchán, cazador y pulpero de esa localidad, con grandes nexos de compadrazgos con los visitantes. A su negocio acudían noctámbulos y serenateros en busca del “condumio” necesario, así que, para él no fue mucho sacrificio el abrir sus puertas a colegas y amigos. Merchán los puso en contacto con dos grandes figuras femeninas de Boraure: Hilaria Ríos y Gertrudis Mesa, mujeres famosas por tener lengua lisa y viperina para cantar verdades, a su vez hacendosas y serviciales con los visitantes. Enseguida buscaron leña seca que tenían acumulada, prendieron el fogón para preparar café y pelaron unos plátanos verdes grandes, procedentes de las vegas del río, mientras los recién llegados agarraban calor y los tragos compartidos con las anfitrionas aumentaban la conversa.

Motivada por la bulla, a pleno aguacero, se presenta una vecina que en sus años de juventud debió llamar la atención, era una mujer blanca, alta, pelo largo, figura delgada, que todavía conservaba su cintura, sin arrugas en su cara, el paso de los años sólo se le notaba en la papada. Rápidamente se incorpora al grupo porque le gustan los tragos y es de fácil expresión, pronto se convierte en el centro de atención, ni siquiera los cuentos de cacería de Régulo desvían lo que plantea aquella dama que dice llamarse Algecira Zapata, en la medida que aumenta el efecto del licor, sube la voz para manifestar que “la gente de Boraure no me quiere porque digo las cosas en su cara” y llevándose las manos a los órganos femeninos exclama, “sí, pero gracias a éste tienen luz eléctrica en el pueblo”. Hacía referencia a que en el pasado tuvo relaciones con un gobernante del Estado y que gracias a sus “buenos oficios”, desde 1948 establecieron la luz en el pueblo. La alta madrugada se fue acercando y el temporal no amainaba, los cazadores decidieron emprender el regreso al pueblo por el camino más transitado, antes se despidieron de Merchán y de las tres buenas compañeras, con la promesa de volver para hacer un buen sancocho “cruza” a orillas del río, pero, eso sí, con la condición de que invitaran a dos amigas más para emparejar la cosa.

Por los lados de Buena Vista consiguieron al vale Ramón Avendaño Elorza, “la fruta”, quien andaba en cacería, pero, de “otra varilla”, y cubría su cuerpo con

un capote de goma. Juntos, entre palo y palo, risas y la anécdota de las amistades dejadas en Boraure, siguen su camino a Palito Blanco, que está lleno de lodo por la cantidad de agua caída. Con el fin de evitar pasar por la curva del “guararàn”, donde dicen que salen muchos espantos, desechan el camino de Guarabao y optan por la vía de La Esmeralda, buscando hacer más rápido el ingreso al pueblo, pasan dos quebradas que llevan agua y suben al campo de béisbol “pela el ojo” ya en los alrededores del pueblo. Allí deciden acortar camino y atravesar el cementerio para ir a la capilla y sacudirse del agua. Al llegar a la capilla pasan el susto de su vida, porque, en tan grande oscuridad, tropiezan con un muerto colocado en el piso, a lo largo y sin urna. La carrera que pegaron no dio tiempo de abrir el portón y lo tumbaron a pedazos, no les importó el torrencial aguacero, largaron las botellas y el chimó y fueron a parar la “chasiá” a Bucarito. Llegaron buenitos y sanos, se les pasó la pea. Con el tiempo se enteraron con detalles de lo sucedido. Resulta que, en la tarde anterior, habían bajado un cadáver en parihuela desde El Baco y El Peñón, era un señor que había muerto a consecuencia del tífus y no lo pudieron enterrar por la lluvia, por lo que los familiares decidieron dejarlo en el piso de la capilla, para volver en la mañana a darle sepultura. Abilio, para finalizar su cuento, dejó escapar su acostumbrada expresión:

“A buen vainón echó esta gente, carajo”

estos últimos, es decir, los familiares del difunto nunca llegaron a enterarse siquiera del susto que hicieron pasar al grupo de cazadores de Guama.

PARTE IV: MITO DE LA MULA COJA DE GUAMA

Era la época donde el Pueblo era un punto minúsculo en la geografía yaracuyana. Un pueblo rural, con apenas dos calles cortas y una un poco más alargada, que iban en sentido de sur a norte. Esas calles al estilo colonial eran de piedras, recolectadas todas en el río que pasa a la margen izquierda del pueblo. El trabajo de limpieza de las calles, ya que entre las piedras crecía el monte, era realizado por presos, que pagaban su castigo de esta manera. Al ser las calles empedradas, al paso de carruajes, animales de carga, caballos, práctica del coleo y todo tipo de animales, producían mucho ruido, al cual, si era de día, los pobladores estaban acostumbrados; pero, si era de noche, llamaba más la atención. Era costumbre que, el pasar de un ejército o grupo de varios hombres a caballo o a pie, fuera detectado inmediatamente por los pobladores.

El poblado, desde sus inicios, siempre ha sido objeto de profundas creencias religiosas y prácticas unidas a la fe católica. En los tiempos de Cuaresma, los habitantes de este se acercaban más a costumbres y quehaceres ligados a la religión, uno de ellos era

acostarse temprano para evitar la salida de espantos, que supuestamente andaban errantes, por lo que, sumado a la falta de electricidad para la época y el miedo humano, se expandía un gran temor a lo largo y ancho de la población. Uno de esos espantos que se decía que “salía” en Cuaresma era “La Mula Coja”, una supuesta mula que pasaba por el pueblo causando el temor de la gente, quienes cerraban bien los portones y ventanas de las casas, para no escuchar su paso. El mito decía que la mula, al pisar las piedras de las calles, ocasionaba unos ruidos que atormentaban al oyente y, además, si alguien la veía quedaba privado y sin sentido en el acto.

Esta creencia popular quedó en el acervo cultural del habitante de la zona, como una especie de sujeción o control social y familiar en los tiempos de cuaresma. Similar a mitos o cuentos de aparecidos y espantos de todas las zonas rurales del país. Una vez electrificadas las poblaciones, este tipo de mito desapareció. Sólo quedó en la memoria colectiva y la transmisión oral. En lo adelante, el mito quedó como material para asustar a los niños, para los cuentos del pasado y para medir las condiciones que padecían las zonas rurales ante la falta de un elemento de progreso.

Para rematar el cuento, Abilio nos trajo el recuerdo de Joao Contreras quien, todos los días, un poco antes de las seis de la tarde, hora del encendido de la luz en las calles del pueblo, se hacía presente en el sector del barrio “La

Playita”, y una vez que se llevaba a cabo el alumbrado, le gritaba al dueño del negocio, Ramón Avendaño Elorza: “Llegó la luz” y ¡zuácata!...se empujaba el primer trago del día, que ya le tenían preparado de antemano, ya que era una fija su diaria asistencia a tal efecto.

PARTE V: FÁBULAS DE GUAMA

Vinicio Parada, era un cuentacuentos de la Plaza Bolívar del pueblo, que se desempeñaba como obrero de la construcción y donde lo contrataran, hacía las veces de albañil. Contaba que le salió un contrato de varios años en Cocorote, para levantar un edificio de cinco pisos... ¡él solo!, por lo que tenía que hacer el trabajo de obrero y maestro de obra a la vez. Como no tenía carro, se iba y regresaba en su bicicleta; y un día, terminó muy cansado porque le tocó echar una platabanda sin ayudante, aun así, agarró su bicicleta para regresar a su casa; pero, cuando llegó a la bajada de Taracoa, que es de un kilómetro y medio, antes de llegar a las calles del pueblo... ¡se quedó dormido!... y, según él, la bicicleta, que sabía el camino, lo llevó derecho a su casa y se paró frente a la entrada, y ahí fue que se despertó.

En otra ocasión, Vinicio llegó a un velorio y allí se consiguió con Abilio Mujica y otros tantos amigos, quienes, acostumbrados a los cuentos de Vinicio que siempre aprovechaba la ocasión para contarlos, le pidieron que les narrara lo último que le había ocurrido.

Ni corto ni perezoso, tomó la palabra Vinicio y comenzó a narrar su historia:

“Hace unos días, llegué a mi casa ya de noche y vi a unos tipos que estaban parados en la esquina en forma sospechosa, por lo que me imaginé que tal vez me buscaban para ponerme preso o quizás para secuestrarme, por lo que entré rapidito y desperté a mi mujer y salimos en carrera para el patio a escondernos en el sembradío de auyamas que tengo, allí escogimos una de las más pequeñas, saqué mi navaja y le abrí por el costado a la auyama una puerta que nos permitió meternos mi mujer y yo para escondernos de los sujetos esos; una vez adentro, la tapamos de nuevo con el mismo pedazo que le habíamos sacado a la auyama y pasamos la noche dentro de ella, sin que nos vieran esos carajos. Al día siguiente, salimos y nos asomamos a la calle y no había un alma por ahí, lo que nos tranquilizó a mi mujer y a mí”.

Llegada a su final la narración, la audiencia permanecía en total silencio, impactada por el cuento que acababan de escuchar, menos Abilio, quien tomó la palabra para decir:

“Carajo, que casualidad Vinicio, ayer estuve por Nirgua y visité un taller donde hacen ollas y calderos, y estaban haciendo una olla como de 5x5 metros o más de ancho y alto, y a cada golpe de mandarria que daban, había que taparse los oídos, porque sonaban muy duro; con decirte Vinicio, que de regreso, ya pasando por el Samán, seguíamos escuchando aquellos “mandarriazos”

Vinicio, asombrado, interrumpe a Abilio y le pregunta:

“Cónchale Abilio ¿y para qué una olla tan grande?”

A lo que Abilio respondió de inmediato:

“Me dijeron que era para hervir una auyama que tu acababas de cosechar aquí en el pueblo”

Todos los presentes comenzaron a reírse, menos Abilio, quien salió “espepitao” a toda carrera, cuando vio que Vinicio había pelado por una navaja que siempre le acompañaba, y se le pegó atrás a perseguirlo, mientras le gritaba en su acostumbrado hablar coloquial:

“Parate Abilio, pá que viais lo que te va a pasar”

Y Abilio, mientras corría aceleradamente, se volteó para responderle:

“No joda Vinicio, ¡¡parate tú...que no traéis a nadie atrás con una navaja!!”

PARTE VI: UNA DE ISIDRO CUENCA

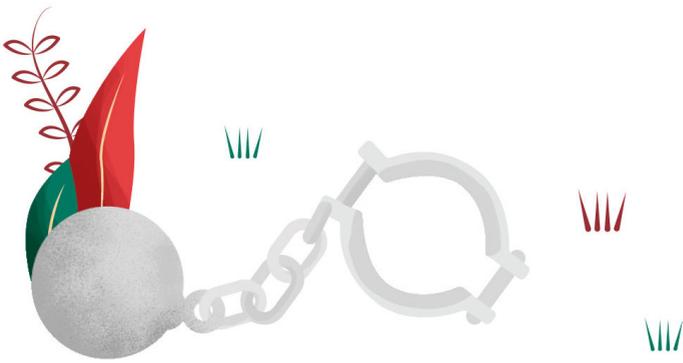
Isidro Cuenca, era un personaje que asistía a todos los rosarios y velorios de santos y difuntos que se celebraban en el pueblo. Su presencia era bien acogida y los asistentes buscaban acercarse para oír sus narraciones, ya que les resultaban entretenidas.

Además, Isidro poseía una voz fuerte, acorde con su gran tamaño, que con gran facilidad dominaba el escenario, con toda espontaneidad. En una ocasión, contaba que por los lados de la Laguna de Abonure, se perdió un cargamento de oro que unos conquistadores llevaban para Puerto Cabello, para ser embarcado con destino a España. Al llegar a la Laguna, era pleno mediodía y los rayos del sol iluminaban directamente una piedra dorada que despedía una luz intensa por lo que, al mirarla directamente, causó de inmediato que los viajeros y los animales que los portaban quedaran completamente ciegos y, por ello, se precipitaron hasta el fondo de un gran barranco, muriendo en el acto.

Cuando se supo la noticia, corrió por todo el pueblo y, a partir de allí, comenzaron a preparar excursiones por la zona en busca del tesoro que allí se encontraba, lo cual trajo como consecuencia que, todos los que fueron detrás del oro, al llegar a la Laguna, les salían unos espantos que terminaban encantándolos, y los dejaban perdidos entre cerros y montañas. Isidro terminaba su cuento preguntando a sus espectadores si estaban dispuestos a acompañarlo en una excursión que tenía preparada para el día siguiente, ya que todavía están allí esos sacos llenos de oro esperando que los vayan a buscar.

Era tal el impacto que causaba Isidro Cuenca que, en cada oportunidad que contaba la historia del tesoro...

después de escuchar lo que les había sucedido a los colonizadores... nadie le aceptaba la invitación para ir a la montaña y, además... ¡no volvía a ver más a sus escuchas hasta el próximo velorio!



TRES PERSONAJES:
UN DESTINO

Durante una visita en casa de nuestro querido y recordado amigo Abilio Mujica, a quien en vida el mismo conglomerado del Pueblo le otorgara el honor de llamarlo su “Cronista Popular”, a lo largo de la conversación sostenida ese entonces, surgieron en su fabulosa memoria, unas anécdotas que engloban el sentir del pueblo donde ocurrió el encuentro, así como también, sus costumbres y tradiciones, en especial, las características propias de sus personajes; todo lo cual lo llevó a expresar de inmediato:

“Me voy a tomar la libertad de contarlas para ustedes”

Abilio comenzó por acomodarse en su silla preferida, teniendo al frente el cerro de Abonure, lleno de pastos que llaman la atención por el tono verde que ha

adquirido por las intensas lluvias caídas en esa porción, para luego abrir su memoria al recuerdo y comenzar con su acostumbrada forma de narrar las cosas:

“Mirá chico, quisiera hablarles de tres paisanos que dieron mucho qué decir en el pueblo, eran tres hombres nacidos en hogares humildes y que desarrollaron su vida siendo “unos pata en el suelo”, pero dejaron muchas anécdotas que, normalmente, se corren en tertulias y sitios de esparcimiento, cuando se recuerdan sus travesuras, habilidades y momentos graciosos. Alternaron parte de sus vidas en busca del sustento familiar, por una parte; y por la otra, en los fríos e inhóspitos calabozos de la vieja Casa de Gobierno del pueblo”.

Hipólito, nacido en un hogar de jornaleros de la tierra, ubicado entre El Rodeo y El Corozo, en la carretera hacia San Gerónimo de Cocorote, un lugar donde había muchas cruces que, según se rumoreaba, se decía que eran muertos de Faustino Parra, y que él lo negaba rotundamente, porque, afirmaba: “eso era en la ruta hacia Las Pavas”, uno de los sitios de aposento de este controversial personaje y lugar donde lo mataron a machetazos. Don Herminio Cordido, de gran poder político regional durante el gomecismo, hizo quitar ese rosario de cruces que estaban a la entrada del pueblo, sosteniendo que se acababa de terminar con la Guerra Federal y daban la impresión de violencia y causaban temor a los visitantes: solamente mandó a dejar una cruz establecida allí por unos misioneros, y la que todavía

Su padre se fue a Maracay, a trabajar en las fincas de Gómez, y no volvió al hogar; Cantalicia, murió de tifus, e Hipólito terminó mudándose hacia Caicara, por la vía de El Hatico, y luego se vino a Sebastopol. Cuando esto ocurre, ya era un joven de quince años, de porte flaco, huesudo, blanco, quemado por el sol, de 1.70 de estatura, pelo negro, de voz fuerte y chillona. Necesitado de trabajo, se vino a El Samán a competir con otros jóvenes que esperaban las crecidas del río para empujar los carros que se atascaban en las arenas o en las corrientes y les abrían camino para pasar al otro lado por una propina.

Al no existir puente que comunicara las dos partes del pueblo, los necesitados de pasar sin carro pagaban a los jóvenes para que los llevaran sobre sus espaldas “a chuco”. Un día, llegó un señor con el apuro de pasar de un lado al otro, de inmediato, el inquieto e intrépido Hipólito se ofreció a cruzarlo, a pesar de que el río crecido como estaba, iba de banda a banda arrastrando palos y piedras; aun así, se echó a la espalda su carga humana y comenzó la travesía, en medio de la fuerte corriente, una enorme piedra le dio en su pie y terminó cayendo junto con el atribulado señor que estuvo a punto de morir ahogado, afortunadamente resultó siendo rescatado con sogas por los lados del Cementerio, mucho más abajo. Nuestro personaje, como buen baqueano, se dejó llevar por la corriente hasta orillarse con unas raíces de bambú. Hasta allí llegó ese trabajo.

Más abajo de El Samán, instalaron una bomba de gasolina, propiedad de Don Luis Medina, Hipólito solicita empleo y como no le dieron, se quedó como voluntario haciendo mandados y ayudando al cauchero cuando éste lo solicitara. Como buen curioso que era, comenzó a manipular el extintor obligatorio de las bombas, botó la carga y por mal manejo dañó el rociador, bañando a los presentes, esto ocasionó una pelea a puños y él terminó en su primera detención policial hasta reparar el daño, y como no tenía dinero, lo tuvieron en los calabozos un mes.

Por estar cerca de cumplir 18 años, lo enrolaron en la recluta a pagar servicio militar, fue a parar a Maracay, al cuartel Páez, frente a la Plaza Bolívar, donde su afán de curiosar aumentó y al querer manipular armas, sin aún tener el entrenamiento necesario, echó a perder unos máuseres viejos, por lo que lo mandaron con una cuadrilla de indisciplinados, a terminar de abrir la carretera hacia Choroní, que el gobierno de Gómez había dejado inconclusa. Allí recibió las primeras letras y aprendió a poner su nombre; no obstante, pasaba la mayor parte del tiempo en los calabozos de la compañía por mala conducta, y al cabo de tres años, le dieron de baja y una “platica” para regresar al pueblo.

Corría el año 1.941, y existía una gran algarabía en los sectores campesinos y desposeídos de los pueblos con la fundación del partido político Acción Democrática

en Yaracuy, el cual se fundó en nuestra región bajo el liderazgo de Raúl Ramos Giménez y motivó a la población en general con sus ofertas de voto universal, pan, tierra y trabajo. La mayoría en el pueblo y sectores campesinos en Sucre, se sumaron al partido; nuestro personaje abrazó con gran ímpetu esa militancia desde el primer día que abrieron el registro. Fue utilizado para atacar o dispersar a los rivales políticos, era certero con las piedras, porque estaba acostumbrado a cazar iguanas, bajándolas a pedrada limpia de los grandes árboles, así adquirió fama de diestro y atrevido, situación que, por su uso sin control, le lleva nuevamente a los calabozos policiales.

El triunfo de la “Revolución de Octubre” en 1945, le trae satisfacción y alguna ayuda económica, defiende su militancia en la calle con nuevos bríos y participa en enfrentamientos hasta la caída del gobierno de Rómulo Gallegos en 1.948. Aquí comienza su calvario. Porque, los policías arremeten contra todos los militantes adecos, y como no niega su condición, a cada cierto tiempo va a parar a los calabozos en forma indefinida.

Otra de sus travesuras ocurrió en Semana Santa, con motivo de la procesión del Santo Sepulcro el Viernes Santo. Era costumbre que desde el terremoto de 1812, las imágenes estuvieran en determinadas casas en calidad de encargadas, bajo el cuidado de las familias propietarias escogidas; llegada la oportunidad, el

día viernes santo en la mañana era llevada la imagen correspondiente a la iglesia y allí, permanecía bajo vigilancia de cuatro hombres armados con viejos máuseres; Hipólito se ofreció como voluntario y al salir en procesión con la imagen del Santo Sepulcro rodeada de gente, echándose de conocedor de armas, Hipólito manipuló el viejo fusil y se le fue un tiro que tenía en la recámara, causando gran temor en la feligresía, lo que origina una avalancha de fieles, interviene la policía y... ¡otra vez preso!.

Este personaje era gran aficionado a los toros coleados; en cierta ocasión realizaron los toros por Bucarito, en donde estaba viviendo, y para ganarse unos cuantos bolívares, hizo un palco con palos y maderas, y cobraba un bolívar para montarse en el mismo para presenciar el espectáculo. Casi de inmediato, entró en discusión con alguien que no le quiso pagar y se formó la tangana, intervino la policía y, para que no se lo llevaran preso, se abrazó a uno de los palos que sostenían el palco; cuando la policía lo haló para llevárselo detenido, el palco se vino abajo con gente y todo, y por casualidad, en esos momentos, venía el toro con la caballada. Se armó una gran trifulca y como siempre lo llevan preso y sin dinero.

En la etapa democrática, se muda a Jaime y se hace dirigente comunal para rentar de su gobierno adeco. En 1968, con el triunfo de Caldera, se pasa para

Copey, y un amigo que conocía su trayectoria adeca le oye un discurso como gran copeyano y lo increpa:

“Hipólito ¿desde cuándo eres copeyano?”

y este le responde:

“Callate chico, me vas a echar a perder la vaina, no ves que si te escuchan... me botan.

De estar vivo Hipólito, seguro que sería chavista. Era el típico vividor venezolano”

Armario, no hay muchos datos de su nacimiento, lo único seguro es que su madre fue atendida en el parto por Dorotea Zabaleta, quien era la partera del pueblo para ese entonces; en su alumbramiento no hubo “amielao” ni celebración alguna, porque el padre no apareció nunca; cuando a ella le preguntaban por el padre del niño, lo único que respondía era: “yo sólo sé que se llama Manuel”, nunca mencionó el apellido ni tampoco le vieron a él dentro de la casa para conocer el niño. Ni siquiera las vecinas, que eran unas grandes averiguadoras, no lo conocían, sólo veían salir de ese rancho de bahareque a una figura de hombre cubierto con una manta de color azul oscuro; una vecina que dormía poco, pendiente en todo momento de quién subía y quién bajaba, se asomaba por una pequeña ventana de tabla, con huecos por todos lados, al sentir

pasos y el chillido de las rejas, buscaba averiguar de quién se trataba, los demás la llamaban “doña mosca”, quien, a pesar de todo, nunca pudo saber quién era el enigmático personaje que a media noche entraba y salía de ese rancho.

La madre de Armario, se llamaba Crisálida y se ganaba la vida lavando ropa ajena en el río y poniéndola a secar sobre las piedras, todos los días, a excepción de cuando el río iba crecido; se le vía montarse sobre su cabeza una vieja batea repleta de ropa, juntarse con otras amigas e ir a hacer la tarea que le permitía ganarse el pan. Como en el pueblo no había electricidad, el planchado lo realizaba calentando planchas de hierro sobre brazas, en un pequeño fogón construido por ella misma, con base a palos, caña y barro, los mismos elementos con los cuales estaba elaborado el modesto rancho donde vivía, conformado por una salita, un cuarto y la cocina.

Armario creció en ese ambiente, durmiendo en un catre con su madre y acompañándola al río, al reparto de la ropa arreglada y a la pulpería de Don Bonifacio cuando iban a comprar la manteca, el papelón y las sardinas; operación donde el niño ponía mucha atención a los centavos y las lochas que costaban los pequeños corotos; porque el valor total de las compras, generaba lo que más le gustaba: “la ñapa” que Don Bonifacio le entregaba, consistentes de un “bojotico

de aserruche”, que era el residuo del papelón al ser picado con un serrucho.

Igual atención le causaban unas latas pequeñas o frascos signados con números, al que le echaban un granito de caraota o maíz cada vez que una persona realizaba una compra grande; y que, tanto el comerciante como el pueblo en general, lo llamaban “el taturó”, donde, por cada bolívar invertido en la compra, le depositaban un grano, y al final del mes se liquidaba la cuenta de los granos y le entregaban al cliente una bonificación conforme a lo acumulado. Él se quedaba triste porque no podía tener “taturó” asignado, debido a que la compra de su mamá era siempre muy pequeña y por ello no le correspondía el beneficio, aunque, el bueno de Don Bonifacio, en todo caso, le entregaba su ñapa de “aserruche” de papelón.

El niño era despierto y prestaba atención a todo, por su casa pasaba una noble Maestra a una escuelita donde enseñaba las primeras letras y los rezos fundamentales; como le demostraba cariño, un día, sin saberlo su madre, se fue detrás de la Maestra y llegó a la escuela para oír la lección que daba a los otros niños, fue memorizando aquellos contenidos de todos los días y, sin proponérselo, estaba a la par de los niños asistentes; con sólo cinco años ya manejaba las frases iniciales. Pero, eran los números los que le llamaban más su atención, se quedaba entusiasmado

con las operaciones aritméticas que realizaban los mayores en la modesta pizarra. En la calle del Monte se corrió la voz que el niño de Crisálida sabía leer y que le gustaban los números, esto llegó a oídos del señor Francisco Camacho, Maestro de la escuela federal, quien, de inmediato, se interesó en incorporarlo a su escuela y convenció a la mamá para que lo mandara; lo colocó bajo el Maestro Miguel Ángel Palavicini y se dio comienzo a la instrucción formal de un niño procedente de un hogar muy humilde, que tenía habilidades para las letras y los números.

Su paso por la escuela no duró mucho tiempo, la cruda realidad familiar le imponía pasar más tiempo ayudando a su madre. Sin embargo, aprendió las cuatro operaciones matemáticas fundamentales, las que manejaba con facilidad. La gente en la calle y en los sitios públicos le increpaba a resolver en forma rápida y de manera verbal, el resultado de una multiplicación o división, lo cual lograba con entera facilidad y de manera acertada.

Crisálida enfermó y el niño, a los nueve años, tuvo que ir al mercado de trabajo como cortador de paja, ayudante de arrieros, cuidador de animales y hasta de ayudante de pulpería por su facilidad con los números. Entró de lleno en distintas actividades laborales para ayudar a su madre enferma, y por completo se olvidó de la escuela. Se dio cuenta que no tenía más familia que su mamá y se dedicó a cuidarla y a vivir con un salario de bolívaes

0,50 al día, por un jornal de trabajo en el campo que iba desde el amanecer hasta el ocaso. Donde mejor le iba era laborando como ayudante de comercio, al ganar real y medio al día. Este empleo le produjo nuevas relaciones, entre ellas, las de señoritas de la sociedad del pueblo, hijas de comerciantes del café.

Su gran ilusión era alargarse los pantalones para sentirse hombre completo, la costumbre establecía que a los dieciséis años debía buscar una costurera y esperar una fiesta en el pueblo para presentarse con ese estatus; por la tela no tenía problema, porque, la quitaba fiado en la tienda de Don Ángel, donde era conocido. Crisálida empeora, muy a pesar de los cuidados de su hijo y las recomendaciones del joven médico Luis Lizarraga. Armario recibe un duro golpe de la vida, Crisálida fallece y queda solo contra el mundo, sus planes comienzan a derrumbarse, en especial, el de mejorar el rancho y convertirlo en una casita de adobe, como tantas de la calle del Monte.

La soledad comienza a abatirlo, con apenas dieciséis años se adentra en el consumo de chimó, más tarde el licor y el juego de dados; descuida su presencia y comienza a faltar al trabajo, donde se caracterizaba por su puntualidad y asistencia. El recuerdo de su mamá lo mantiene perturbado y no ha podido superar esa muerte. Entre los dieciocho y veinte años, deambula por las pocas calles del pueblo y por las haciendas cercanas

en busca de recursos para mitigar el hambre, su mente está fuera de este mundo y apenas reacciona cuando le piden que resuelva rápido una operación matemática.

La vida siempre brinda segundas oportunidades, el tren de la existencia no pasa una sola vez. En sus correrías por las haciendas, se consiguió por los lados de Camunare a una linda joven llamada Amanda María, hija de criadores de chivos, ovejas, pavos y gallinas, que eran vendidas a los exportadores de Puerto Cabello; como vieron su habilidad con las cuentas, le dieron alojamiento y trabajo para contribuir a que rehiciera su vida. Poco a poco, con la ayuda de Amanda María, fue llegando a su antigua condición, y por primera vez en sus veintidós años, encuentra el amor de una mujer distinta a su madre. Ella era joven, callada, dulce y bondadosa, sus padres no tenían fortuna, eso a él no le importaba, se conformaba con el amor y gentileza de Amanda, con quien inicia una relación conyugal.

Llegado a los veinticinco años, fija toda su esperanza en esa unión para tener su primer hijo, de ser varón se llamará como él y si es hembra Crisálida, como su abuela. Pero la vida le tiene otro zarpazo, durante el parto Amanda María y el bebé fallecen por falta de una intervención médica, las comadronas no pueden hacer nada, fueron superadas por la situación. Ahora el derrumbe es total. Armario regresa a su pueblo natal, el rancho desapareció por falta de mantenimiento y por

las lluvias, duerme debajo del puente y en cualquier esquina, se entrega completamente al licor y va perdiendo la mente. Por andar borracho y andrajoso, va a parar muchas veces a los calabozos, lo único que recuerda de su vida pasada son los números, y con carbón o pinturas hace grandes multiplicaciones en las paredes de las casas del pueblo, algunos propietarios le denuncian y es llevado de nuevo a los calabozos. En ocasiones se torna agresivo y recibe los maltratos policiales, se hace frecuente su enfrentamiento a golpes con las autoridades. Se convierte ya en un problema público y el gran juez lo decreta como demente; como no tiene dónde ir, el Jefe Civil del pueblo decide dejarlo en un calabozo, donde permanece desnudo por siempre, en momentos de lucidez tapiza las paredes con cuentas de muchos números, los otros presos le dan comida, chimó y hasta aguardiente. Así transcurren sus días, hasta que, convertido en piltrafa humana, el buen Dios se apiada de él, lo montan en un volteo y lo tiran en una fosa tal y como vino al mundo, así lo abraza la tierra.

Perico, Abilio afirmaba que, de los tres personajes presentados, este es quien más bromas echó, hasta el punto de pasar más tiempo en los calabozos de la policía que fuera de ellos. Les presento a: JUAN PATRICIO, nacido en El Rodeo, en humilde familia campesina, dedicada al trabajo de la tierra en lotes asignados por herencia indígena; sus padres fueron:

Juan y Betulia, quienes, muy a pesar de los diferentes cruces raciales, conservaban sus rasgos indígenas, los cuales hereda Juan Patricio, tales como el pelo negro, liso, pómulos achinados, cuerpo fornido de regular tamaño, color de piel tostado. De los cinco hijos habidos en dicha pareja, el más parecido a su padre resultó Juan Patricio, los otros tres salieron blancos y la hembra del grupo, morena clara. Desde muy pequeño, como en todos los hogares campesinos, es enseñado a trabajar y a desarrollar tareas en el campo; por el parecido a su padre, intenta imitarlo en su forma de trabajo y la conducción del hogar, creando gran rivalidad con el resto de los hermanos, cuestión que marcará las relaciones por toda su vida.

Por los lados de El Rodeo no hay escuela, ni el interés del padre que sus hijos reciban escolaridad, lo que hay es trabajo y disciplina férrea. Juan padre, baja al pueblo con sus cuatro hijos varones a realizar compras los domingos, pasar a saludar compadres y presenciar partidos de béisbol, al cual es muy aficionado. Uno de esos domingos habituales, muy de madrugada, Betulia prepara cinco arepas “tumba budare”, las rellena con caraotas y huevos revueltos y calienta unos pocillos de café con leche recién ordeñada para cada uno, porque el grupo regresará en horas de la tarde.

Avanzado el día, después del juego de beisbol, Juan padre y sus hijos pasan al “bolo” de Don Heraclio Liscano,

donde el padre decide jugar una partida; como es su costumbre, lanza a la “mocha”, de forma directa hacia el objetivo perseguido, para intentar derribarla sin tocar los palos situados a los lados, y de caer estos laterales lo harían perdedor, y su intención es la de regresar con algo de plata a la casa. Sus cuatro varones, con sombrero de paja en mano, observan y aúpan la apuesta, al final, la bola lanzada con mucha fuerza pasa entre la “mocha” y el palo, no derriba nada, y el “garitero” que sirve de juez, declara que “embocó”, y por tanto, perdida la jugada.

Emprenden el camino y estando por El Samán, se asoman para echar unos dados, pero, no es el día de suerte de Juan padre, pierde de nuevo y deciden emprender la subida hasta Sebastopol, a la casa de misia Etelvina, para compartir un rato y, además, porque ahí se juegan gallos y bolas criollas; cuando la tarde va cayendo pasan por Los Rosos, en Pereira, y aseguran el regreso al terreno. Antes de dormir, la tarea es amolar los machetes para la jornada del lunes.

Dos de los cuatro varones salen aficionados al beisbol, por su cuenta elaboran mascotas de lona y pelotas de cabuya; reunidos con niños de Taracoa, Pereira y Sebastopol, improvisan un campo de pelota, ya que todos, como agricultores que son, saben manejar machetes, arrancar troncos y levantar piedras para dejar liso el terreno. Juan Patricio, el mayor, le gusta hacer de pitcher, y Luis Nazario, el segundo, juega en

el “infield”, demostrando grandes cualidades naturales, también le gusta lanzar y batea con mucha fuerza, tiene madera para este deporte. Los hermanos demuestran ser diferentes: Juan Patricio impulsivo, arrogante y belicoso ante los contrincantes; Luis Nazario pasivo, concentrado y pendiente de todas las jugadas. Así van desarrollando sus vidas.

Bajo la dirección del padre, todos los hijos se entregan al trabajo en los conucos, ahora con mayor fuerza de tareas ya que la siembra se ha diversificado, los hijos crecieron y se convirtieron en adolescentes, hasta la hembra ayuda en la recolección de la cosecha. Pero, es Juan Patricio quien protesta por el sol, quiere salir más temprano para irse con sus amigos, reniega por los pocos beneficios que obtiene y riñe con sus hermanos cuando no está el papá; piensa que pronto va a tomar su camino independiente, no lo ha realizado por el amor a la madre. Desea una pareja y piensa en la posibilidad de un terreno para montar vivienda lejos de sus hermanos. Se siente atraído por los juegos y el licor que disfrutaban otros jóvenes.

Hacia 1940, fundan en Sebastopol el club de béisbol “Concordia” para rivalizar con los de la parte baja del pueblo y también enfrentar a las novenas de Cocorote, San Felipe y Aroa. Allí formaron parte del equipo los hermanos beisbolistas: Luis Nazario ocupa el campo corto del equipo y es una estrella en ascenso, Juan

Patricio es uno de los lanzadores abridores, tira duro para el home, sabe lanzar curvas, pero es descontrolado y protestón con los árbitros, siente celos de los otros lanzadores de su mismo equipo donde están Mario Parra y Carlos Acosta; exige airadamente que siempre su receptor sea Juan Parra Castillo, cuando el oficial del equipo es Jesús Mora, por ser un tremendo bateador y poseer mucha experiencia en la receptoría. En las oportunidades en que el mánager lo visita en el montículo por su descontrol, le echa la culpa al árbitro; al único que respeta es a Pedro María Parra porque le gusta como canta el tercer strike al bateador ponchado: “strikim outtrikim bey”, a la gente le gustaba ese juego de palabras que sólo él entendía.

Luis Nazario se convirtió con el tiempo, en uno de los mejores peloteros de la región, acudiendo a campeonatos nacionales y hasta implantando récord de jonrones. Juan Patricio duró poco como lanzador, no por falta de condiciones, sino por su carácter explosivo y su falta de relaciones con los demás; termina por abandonar su casa materna para hacer pareja con Paula Barrios, forman familia en modesta casa construida por él en el barrio Sabaneta, hacia donde emigraron la mayor parte de los habitantes de El Rodeo cuando fueron vendiendo las parcelas otorgadas en el reparto indígena. Sus padres habían fallecido y él estaba logrando la meta de separarse de sus hermanos.

La nueva vida, para Juan Patricio marca un cambio radical, abandona el beisbol, lo único que practica son las bolas criollas, no como deporte sino atraído por el mundo de las apuestas y el licor; consume cocuy todos los fines de semana en cualquier botiquín que se le atravesase, especialmente, en el de Sebastopol por estar más cerca de su casa, en cada uno va dejando su huella de discusiones y peleas, por lo que lo llevan detenido en cada una de ellas y ya eso se va transformando en costumbre. De lunes a viernes se dedica a los conucos y a la artesanía con caña brava y carricillo aprendida con Manuel Vicente Parra y el gran maestro Nereo García. El apodo de “Perico” se lo pusieron en las canchas de bolas criollas porque, si no había licor de por medio... Perico no habla; en cambio, bajo la influencia del cocuy, no para de hablar de todos los temas, y como tiene una voz chillona que domina el escenario, la comparación le caía a la perfección. De aquí en adelante, en la calle nadie lo volverá a llamar por su nombre y así lo acepta Juan Patricio en el núcleo de amigos, pero, cuando esto se extendió por todo el pueblo, el apodo sufrió un cambio radical y era tomado como sinónimo de trifulca. Muchos fueron los enfrentamientos por esta causa en los botiquines, el mal carácter y el licor resultan una bomba de tiempo en un ser belicoso, aunque buscaba la vida para su familia.

La relación con sus hermanos nunca fue buena, Luis Nazario vivía en el mismo sector y no tenían trato,

inclusive, frecuentaban los mismos lugares de diversión sin compartir. En una ocasión había un gran juego de béisbol en el campo “Estrellas Occidentales”, ubicado en la calle del Monte, al cual acudió Perico con una partida de amigos, no a ver a su hermano, sino a compartir un litro de guarapita elaborada por Santiago Rodríguez, de gran fama y que vivía frente al campo, por si se les acaba “la caña”, reponerla rápidamente y sin problema alguno.

El sitio de juego era abierto y los aficionados se agolpaban muy cerca de la línea de “foul”. Estando empatado el score en el noveno tramo, el manager local llamó a relevar a Luis Nazario, quien jugaba como campo corto, se hace dueño de la lomita con un corredor en segunda, ya había sacado 2 “outs”, pero, el siguiente bateador le conecta una línea de hit a lo profundo del “left field” y el hombre de segunda cruza por tercera para tratar de anotar y, en ese momento, Perico, que estaba muy cerca de la raya de tercera, viendo que el hombre si seguía en su carrera anotaba fácil, le metió el pie y el corredor se cayó y lo pusieron “out”. Se armó la gran tångana, los árbitros tuvieron que suspender el juego porque los asistentes no abandonaban el campo y tuvieron que solicitar la intervención de la fuerza pública; el alboroto fue tan grande que hasta las calles cercanas sirvieron de escenario a los contrincantes.

El primer detenido fue Perico y cuando el jefe civil lo interroga y le pide explicación del acto por él realizado y que originara todo ese zafarrancho, le contestó:

“Mire comandante, el pitcher es mi hermano, y aunque no nos tratamos, es mi hermano, y yo no iba a dejar que le anotaran una carrera y que perdiera el juego”.

El funcionario era el capitán Eugenio Andrade, buena persona, beisbolista y patrocinador del equipo del pueblo, quien por dentro reía la respuesta; el castigo fue un mes en los calabozos y prohibición de asistir a los campos de beisbol.

Años atrás, los bares en todo el Distrito no tenían horario, abrían a las 10 am y cerraban a medianoche o, cerraban la puerta de acceso y permanecían con la clientela hasta que éstos decidían marcharse o se agotaba la existencia, vendían cervezas, cocuy y aguardiente de caña preparado con azúcar, limón o menta, además, existían otros preparados con base a “anisillo”, berro, fruta de burra, concha de naranja y de piña. En una población mal alimentada, con agotadoras jornadas de trabajo todo el día, el licor hacía efecto rápido, las peleas a puño y a veces con vera o palos eran frecuentes. El cuerpo policial resultaba pequeño, apenas 4 agentes, una camioneta verde, sin un faro, que la gente la bautizó como “la tuerta”, llevaba los detenidos a la vieja Casa de Gobierno.

En otra oportunidad, la camioneta resultó roja, conducida por el mismo chofer, Felipe Gutiérrez, y el humor pueblerino la bautizó “la roja”. Después de las 4 de la tarde, era segura la exclamación popular: “no demoran en bajar a Perico”. Un domingo, las camionetas no estaban operativas y el personaje tuvo su acostumbrada pelea, subió un policía al Bar Sebastopol y lo trajo preso, montado en una carretilla, calle abajo. “Allá llevan a Perico, como siempre”, se escuchaba en las ventanas de las asomadas. El personaje, estuvo detenido en la sede vieja, frente a la Plaza Bolívar, incontables de veces; además, le tocó inaugurar la nueva sede y actual recinto policial, después que Flor Chalbaud de Pérez Jiménez, en 1956, cortará la cinta.

De esta manera transcurrió la vida de Juan Patricio, el popular “Perico”, hasta que los golpes y los años le enseñaron a moderar el carácter y dejar el licor. Siempre fue hombre de trabajo y así llegó a su final.



ENCRUCIJADA DEL DESTINO

Era una mañana fría, propia de un cuatro de enero, cuando Luisito tomó la decisión que lo mantenía en la encrucijada de su vida. Se sentía presionado por la situación, apenas acababa de cumplir sus dieciocho años y pensaba que, lo que decidiera, marcaría su rumbo y su mayor aspiración, era un sano porvenir. Tenía un gran sueño, superarse, sobresalir, tender camino hacia una mejor vida; se sentía responsable y estaba obligado a cuidar todos los detalles: familiares, económicos, afectivos con quien era el amor de su vida, con el medio donde había nacido y criado. Siempre se propuso ir quemando etapas, la vida le impuso escalar a esfuerzo propio y aceptó el reto; a pesar de su corta edad, demostraba madurez en su conducta familiar y social, no le agradaban los tropiezos en el camino, por

eso buscaba ascender, procurando subir la cuesta en forma segura. De ahí que se había tomado su tiempo para decidir por cuál camino seguir.

Desde los trece años se encontraba trabajando como despachador de gasolina en la única estación del pueblo, llegó como adolescente en busca de empleo para ayudar al sustento familiar de ocho hermanos; su dueño, don Rufino Montes, amigo de su papá, lo acogió como su ayudante y le brindó confianza para hacer los mandados, recibir el dinero de las ventas y servir de bombero cuando alguien del turno fallara. Día tras día acudía a su trabajo, demostró gran responsabilidad y honradez, el dueño nunca expresó una queja hacia su desempeño, trabajaba de día y estudiaba en los cursos nocturnos que abrieron en el Liceo de la comunidad; con mucho esfuerzo había comenzado el quinto año y era una de sus metas el terminar el bachillerato para igualar el nivel de aquella muchacha por quien sentía un enloquecido amor no declarado, pero que ella así lo sentía. No existía otra persona que moviera toda su vida que aquella compañera de infancia, ya transformada en una hermosa señorita, que engalana cual jardín como la más bella flor hacia donde se dirigen las miradas de jóvenes y adultos cautivados por su belleza.

Lorena y Luisito se conocían desde niños, no eran vecinos del mismo sector, pero estudiaron preescolar y toda la primaria en el mismo grado; ella vivía en la calle principal del pueblo, sus padres eran modestos

panaderos, muy solicitados por un tipo de pan salado, esponjoso y de gran aceptación en la región, y por una exquisita conserva de limaza con coco, que preparaba la madre; de esa manera se sostenía económicamente la familia de seis miembros. Por su parte, él procedía de un hogar más pobre, vivían en los inicios de la población, en una casa adjudicada por el Gobierno Regional, caracterizadas por ser soluciones habitacionales populares: su padre mecánico ocasional y la madre dedicada al hogar haciendo arepas vendidas por encargo, siendo Luisito, como hijo mayor, el encargado de repartirlas, el cual, después de entregar las arepas, asistía al preescolar y allí conoció a quien años más tarde sería su pasión. Al acudir a la escuela debía pasar por el frente de la casa de los padres de Lorena y, lo que fue una coincidencia, se convirtió en costumbre que los dos niños entraran juntos al plantel e igual ocurría al regreso.

Desde la primera escolaridad, Luisito se fue destacando como buen estudiante, serio y responsable; Lorena era inteligente, ordenada y muy aplicada a la lectura. Durante los recreos ambos se distanciaban en actividades propias de su género, hasta que el sonido de un viejo rin de camión, golpeado con un mazo por el maestro de guardia, marcaría el reinicio de actividades de aula. Siempre pendiente de ella en las distintas aplicaciones que correspondían a la vida escolar, revisaba sus tareas para efectuar alguna corrección, admiraba el orden y la pulcritud de sus

cuadernos llevados con una letra clara e inteligible, con títulos, subtítulos y encabezados subrayados, se avergonzaba de los suyos, muchas veces enrollados, con letras que parecían garabatos y escritos sin mucha formalidad. Admiraba lo blanco y puro del uniforme que utilizaba Lorena, mientras que la bata que él usaba como uniforme alguna vez fue blanca, lucía amarillenta porque en su casa no había cómo adquirir los elementos para blanquear. El comprendía sus limitaciones, pero no se detenía en eso, mientras ella acudía a la escuela con modesto calzado, él iba en alpargatas de suela que al llover dejaban en sus pies la marca del tinte de color marrón, y en caso de no tener dinero, sus padres lo enviaban con alpargatas piso de goma de caucho que, al contacto con el agua, se doblaban haciendo imposible su uso y había que andar descalzo. Ella también lo admiraba por ser caballeroso, bien parecido, excelente comportamiento y el mejor estudiante del curso, no le importaba el desorden de sus cuadernos ni sus alpargatas porque su compañía le era agradable, tanto así, que en las dramatizaciones de actos culturales en la escuela o en público lo prefería de pareja antes que a otros.

La vida escolar en primaria transcurrió con normalidad, salvo una que otra peleíta de Luisito cuando alguien se metía con Lorena, y ella comenzó a sentir celos al verlo conversar con otra compañera de aula o de otro grado. Él nunca le había manifestado nada de enamoramiento, sólo una cristalina amistad,

los maestros sospechaban que esa relación significaba un amor no declarado. Cursando el sexto grado, a todos los niños les preguntan si desean hacer la primera comunión antes de finalizar el curso, Lorena consulta en su casa y obtiene la aprobación, para ello, ya que son profundamente católicos; Luisito lo piensa, sus padres también son católicos, pero no tienen los recursos para el traje de la ocasión. Al salir de clases, los niños que aspiren deben pasar a prepararse donde las señoritas Rita y Juanita, solteras que enseñan a rezar y todos los preceptos de la religión. Ellas viven de torcer tabaco y de hacer el bien a los más necesitados, reciben la solidaridad de las familias a quienes preparan sus hijos, están en un callejón cerca de una plaza y la calle principal del pueblo. Al salir de esa formación diaria, los niños se quedan a jugar en el callejón hasta la seis de la tarde hora del regreso a casa.

Comenzado el catecismo, Lorena se integra al lado de la mayoría de los compañeros de clases, pero, ante la ausencia de Luisito, se le ve triste, ensimismada, callada, contesta las oraciones en forma mecánica; al salir, sus amigas le invitan a jugar en el callejón, pero prefiere quedarse en su sillita para esperar regresar a su casa a la hora indicada. Bajo esa rutina se producen los primeros días del catecismo y ella sigue igual, su actitud es distinta en la escuela donde vuelve a su vida normal, al bullicio, los llamados de atención de los maestros y de la persona que desea tener a su lado. Después de una semana de haber comenzado la preparación

neo comulgante, Luisito decide plantearlo en su casa y una tía materna decide apoyarlo, asegura conseguir un liquiliqui y unos zapatos prestados de un niño de la capital del Estado que ya la hizo y ella está segura de que se los presten porque trabaja como doméstica en esa casa. Así se incorpora Luisito a la preparación, con el compromiso de Rita de apurar su aprendizaje y lograr la alegría de quien estaba triste. Desde esa misma tarde se dedicó a memorizar oraciones y a jugar en el callejón con todos sus compañeros. Luego de tres meses, los niños estaban listos para recibir el cuerpo de Cristo, ese último día de catecismo serían visitados por el padre José González para la confesión y bendición apostólica. No hubo juegos en el callejón, al salir a la calle principal por primera vez, la mano de Luisito se consigue con la de Lorena y se produce en forma espontánea el choque que representa algo más que una amistad.

Terminado el sexto grado, los padres decidieron realizar un agasajo a sus hijos por haber culminado exitosamente esa primera etapa de su formación, escogieron una vecindad cercana en una zona rural, era la temporada de maíz y efectuaron una “cachapeada” con la contribución de todos, brindaron refrescos, chicha de maíz, mazamorra de jojotos, “hallaquitas” de maíz, tortas de cambur, queso blanco y cuajada. La mamá de Luisito se encargó del fogón para voltear las cachapas y hacer que las comieran calientitas, esa era su contribución ya que no tenía dinero, pero, internamente, su anhelo era conocer a Lorena, de

quien tanto su hijo hablaba hasta dormido. No faltó el papá, que de forma clandestina celebrara con “guarapita” escondido detrás de las matas de cambures y onoto que adornaban el enorme patio de tierra.

El grupo de estudiantes, ya entrado en adolescentes, sigue compacto y arriban al Liceo del pueblo; no obstante, los cambios que se producen en el ambiente estudiantil, y en ellos, en lo físico, Luisito y Lorena continúan compartiendo su relación de respeto en el salón, frente a los profesores y demás compañeros, todos preguntan si son novios y al unísono o por separado lo niegan; él la sigue acompañando desde su casa al Liceo, en la cantina, en los deportes, en actividades culturales y de regreso a casa. Ella se siente incómoda cuando él no está a su lado y celosa al verlo charlar con otras. Para muchos jóvenes es una de las atracciones del nuevo centro educativo, pero no acepta compañía porque ya la tiene. En lo académico, el séptimo grado transcurre sin novedad, Luisito destacado como estudiante y ayudando a Lorena en matemáticas, aunque ella es aplicada en letras y ciencias.

Concluido el séptimo grado, Luisito arriba a los trece años y en su casa existe una gran presión económica, sus hermanos menores crecen y demandan más gastos, siente una gran responsabilidad como hijo mayor de ir al mercado de trabajo para ayudar al mantenimiento de todos, piensa en no abandonar los estudios de bachillerato cursando de noche y continuar su proyecto

de ser un profesional y luego unirse con quien siente amor. Sus padres aceptan su decisión y la da a conocer a Lorena quien la asume con tristeza, ya las conversaciones no serán en centros educativos, sino en plazas, a la salida de la misa dominical, en los toros coleados, eventos sociales y culturales. Para él la atracción sigue, aunque cambian los escenarios de estar juntos.

Cumplidas las quince primaveras, a Lorena, sus padres y hermanos le preparan una reunión de presentación en sociedad. Se había convertido en una esbelta señorita, de tez blanca, con pecas muy bien ocultas por el maquillaje, pelo negro ondulado, nariz fina y boca pequeña, de regular tamaño y una figura delgada que le hacía lucir cualquier atuendo. A esta presentación fueron invitados jóvenes de círculos sociales de la capital del Estado, algunos pocos del pueblo, entre los que se encontraban los compañeros de estudios, y ella se encargó que en ellos estuviera Luisito incluido. Los ojos negros de la cumpleañera no tuvieron otro destino que los de su fiel escudero, al terminar de bailar con su padre, abuelo, hermanos, tíos y concluida la aplaudida ceremonia, fue donde estaba reunido su grupo de infancia y todos hicieron lugar para sentarla al lado de su confidente. Él le da un beso en la mejilla y le entrega una rosa como modesto regalo de cumpleaños, ella lo abraza y coloca la rosa prendada en el hermoso vestido que cargaba. Se agarran de la mano y se integran al baile, siguiendo el ritmo señalado por el conjunto venido desde Barquisimeto. Allí por vez primera sus

corazones laten con mayor revolución al estar cerca el uno del otro, en ese momento no hay más mundo sino la pasión de uno al otro, demostrando un idilio no declarado, manifestado espontáneamente.

Al tomar la decisión de su vida, sopesa que su futuro con Lorena pasa por salir del pueblo, terminar el bachillerato, alcanzar un trabajo bien remunerado para seguir estudiando y materializar el sueño de ser un profesional que pueda brindar a Lorena una vida digna. Vendiendo gasolina es poco cuanto pueda ahorrar, sus planes comienzan buscando nuevos horizontes; como no posee recursos para vivir en ciudades donde hay trabajo, como tampoco familiares que le puedan dar albergue mientras alcanza una fuente fija, decide irse al Servicio Militar, donde tiene paga segura, comida y la oportunidad de surgir. Antes de partir, visita a Lorena y le explica su propósito de echar adelante, no le dice lo del futuro de ambos porque supuso que entendía que perseguía mejorar para los dos, la promesa firme fue de escribirle a cada paso.

Ingresa a la Circunscripción Militar de la región donde recibe la primera formación y la dotación respectiva, su familia lo visita para llevarle objetos personales y despedirlo, Lorena va con amigas a visitarlo y sólo se ven a través de una alambrada. Es asignado a la División del Ejército que resguarda al Ministerio de la Defensa en Caracas. Comienza a destacar por su responsabilidad, disciplina y buen

trato, por sus condiciones le es otorgado permiso para que pueda concluir sus estudios de educación media en un instituto cercano, en la Urbanización Coche. Su condición emocional la hace conocer a su amada por medio de hermosas misivas, centradas en la falta que le hace y sus deseos por mejorar la condición económica. Dentro del cumplimiento de tareas en el mundo militar, realiza varios cursos y se destaca en artillería, primero como ayudante y luego como ejecutor con disparos certeros, esto lo beneficia con ascensos entre los mandos castrenses. Lorena termina la educación media y con el soporte de sus padres se inscribe en la Universidad de Carabobo para estudiar Idiomas Modernos, manifiesta a su círculo íntimo sentirse sola, como si le hubiesen desprendido una parte de su cuerpo. Se le han acercado pretendientes y los ha rechazado, ha soportado la presión de sus compañeras que todas al salir del Liceo ya tienen enamorados y dos se han casado, no le importa el comentario de la gente que murmura “esa muchacha tan linda, de buena familia, buen porte femenino y no tiene novio”. Se siente feliz de esta manera y al recibir cartas de Luisito, las lee con apego y procede a contestar con relatos de sus compañeras y sobre acontecimientos en el pueblo. Desestima los comentarios de hermanos y tías por verla sola, metida entre libros y en misa, cuando le preguntan por tal actitud responde “esa es mi vida y así me gusta” para que no le toquen más el tema. Marchó a Valencia a vivir en una residencia de estudiantes ubicada en la calle Peña, zona populosa,

de casas antiguas, quería incorporarse a la vida universitaria e intentar adaptarse a esa nueva fase fuera de su casa donde era una niña mimada.

A Luisito le va bien en el Servicio Militar, como todo recluta tiene un calendario de los días transcurridos marcados en rojo desde su arribo y en blanco los que le faltan para licenciarse de la tropa, regresar a su pueblo y buscar a su amada. Por sus ejecutorias, sus superiores le tienen gran cariño y respeto, tanto que ascendió rápido a sargento segundo de tropa; el capitán Guilarte, comandante de la Compañía de Artilleros, confía en él y le ha propuesto que continúe en la milicia haciendo cursos como suboficial técnico subalterno. No le desagrada la idea, porque ya está acostumbrado a la vida militar, hace carrera y va quemando las etapas planteadas. Enseguida se lo hace conocer a Lorena, quien, desde que está en Valencia, le cuenta poco de su vida, las cartas suyas se han distanciado. No piensa nada malo porque en ella confía.

Un buen día, el coronel Arredondo, jefe de Estado Mayor de la División, le llama a su oficina y le pregunta si es bachiller, con la respuesta afirmativa le plantea la posibilidad que ingrese a la Academia Militar, una vez concluido el Servicio Militar. Al coronel lo van a trasladar como segundo en esa Institución y le asegura la entrada, y como conoce la rutina en los cuarteles su estancia será más fácil y al cabo de cinco años, deberá graduarse de oficial e iniciar la carrera militar

en mejor posición. Su respuesta fue al instante: “sí, me gustaría”, el coronel le dice que al terminar su compromiso llene la planilla con los requisitos y le garantiza la incorporación. Al llegar a su habitación, agarró papel y lápiz para dar a conocer la buena nueva a su tormento, la cual, la última vez que le escribió, le dijo que regresaba al pueblo por problemas de salud, estaba convencido que la noticia le ayudaría a levantar el ánimo. Mentalmente deseaba que el tiempo volara para que llegase el día de la licenciatura, salir del cuartel, buscar el autobús de regreso al pueblo teniendo en sus manos, la planilla de inscripción en la Academia Militar, ese sería el paso que lo llevaría a mejorar su vida y a escalar peldaños.

Después de dos años, Luisito regresa a comunidad donde nació, lo hace en la noche y el autobús lo deja en la entrada, bastante cerca de su casa. Sus padres y hermanos lo reciben con alegría, acuden a llamar a los amigos del barrio, no importa la hora para armar la fiesta, música existe entre los conocidos, cerveza, hielo y picante hay quien vende a cualquier hora. El recién llegado, con mucho cuidado guarda el dinero que le correspondió por el Servicio y, lo más importante, las cartas recibidas y un anillo para ser entregado a Lorena como señal de amor y compromiso para estar con ella toda su existencia. Le hace saber a su mamá que mañana se lo entregue porque va a ver por quien suspira. Al día siguiente, en horas de la tarde visita las amistades del sector, reclama su dinero, la planilla y

el anillo, sube hasta la panadería y decide entrar a la casa de familia, toca el timbre, espera que lo atiendan y sucede el siguiente diálogo:

“Buenas tardes, señora, ¿cómo están por aquí?, me licencié ayer y vine a saludarlos con gran placer”

“Hola Luisito, cómo está, gusto en saludarlo, le fue bien porque está convertido en hombre fornido”

“Si, me fue bien y me vuelvo a ir para seguir la carrera militar”

“OK, que bien, esa es una carrera muy buena”

“Dígame, cómo están sus hijos y Lorena, ¿dónde está?”

“Ayyy hijo, Lorena se casó la semana pasada y el marido se la llevó a vivir para Valencia. ¿Usted no lo supo?”

Cabizbajo, Luisito regresa a su casa y sin decir nada se encierra en su cuarto a meditar. La madre sospecha el desenlace, con esa intuición que ha adquirido al tener hijos, pero él no acepta ningún comentario. Tendido en la cama pasa todo el día mirando al techo y sin hablar con nadie, no acepta visitas ni acepta preguntas sobre lo que padece. Esperanzado en que el tiempo lo cura todo, van pasando los días, le entrega el dinero que trajo a su mamá a fin de que lo invierta en el hogar y trata de poner su mente en blanco, sin recordar

episodios hirientes. Sin salir de la casa esperó el día de la recolección de basura, cuando escuchó el sonido del camión, tiró dentro del mismo una bolsa con el anillo que iba a poner en las finas manos de quien era su adoración, la planilla de ingreso a la Academia Militar y el ofrecimiento del coronel Arredondo; era una ruptura con el pasado.

En el pueblo creían que se había marchado nuevamente. Al pasar meses sin salir ni siquiera a la puerta de la calle, apremiado por la falta de dinero para ayudar a sus hermanos, decide visitar a don Rafael Montes, quien lo abraza y saluda afectuosamente: “el buen hijo regresa a su casa, si así lo quieres, tienes el mismo trabajo de antes a tu disposición”. Se metió entonces en un nuevo uniforme, pero esta vez de color amarillo, con los emblemas de la empresa y se dirigió al dispensador de gasolina a cumplir con sus labores, allí escuchó de inmediato su primera ordenanza: “échale full, cabezón, y me revisas el agua del radiador”, exclamó un cliente al ver al renovado empleado.

Por otro lado, a Lorena no le fue bien en su matrimonio ni en la Universidad, no tuvo hijos, se divorció y como siempre se entregó a la lectura, abandonó Valencia y se vino a trabajar en la capital regional en una librería, aconsejaba a los clientes sobre los libros llegados y los diferentes artículos de la prensa diaria, el resto del tiempo lee poemas de autores consagrados. Con el paso del tiempo su negra cabellera se tiñó de blanco y

los años dejaron huella en su cara y el cuerpo. Luisito por su lado, sin perder un día, siguió trabajando para los hijos de don Rufino; donde, por efectos de la gasolina, perdió el pelo y se le dañaron los dientes. Más nunca recordó episodios pasados ni llegó a preguntar por personas fuera de su vida. Emigró a la zona rural, entró en vida marital con una mujer del campo y le tocó criar muchachos ajenos.



LA LEGIÓN NEGRA

Guama siempre ha sido un pueblo bucólico donde la vida parece no pasar, la placidez ha sido una de las características de este conglomerado de “calles curvas, pero, de hombres y mujeres de pensamiento recto”, como lo definiera el ilustre educador Lucio Gallup Paiva durante su ejercicio como director del grupo escolar “José Tomás González”. La cotidianidad transcurre en un dejar hacer, dejar pasar, sólo rota por un hecho fortuito, una tragedia, una travesura, una salida intempestiva, algo inesperado; pero, hecho al fin que conforma una transcendencia, la cual, pronto se convierte en cotidiano y la vida sigue en el pueblo como si no pasara nada.

La tradición marca que la solidaridad caracteriza a los habitantes de esta comunidad tranquila, laboriosa y estudiosa. El recién llegado, se amaña y pronto se identifica con el gentilicio, el pueblo lo asume como si hubiese nacido en estas tierras. Cuando en ocasiones se rompe la tranquilidad, emerge la solidaridad, el agrupamiento, el sentimiento colectivo, que no es otro que un abrazo, una muestra de dolor, un brazo extendido cuyo significado quiere decir: aquí estoy, cuenta conmigo.

Herencia social en el comportamiento de sus habitantes es la camaradería, el gregarismo, la incondicionalidad grupal. Creemos que los años de aislamiento y la larga vida rural, obligaron a los pobladores de esta tierra a juntarse, a compartir su quehacer, a guardarse fidelidad, al estar sobre el mismo suelo. La fraternidad viene del momento inicial poblacional, y aunado a esto, está la herencia indígena de vida colectiva. Muestras de esta confluencia de elementos culturales, están en las tertulias en sus distintas modalidades, esa es una prueba inequívoca de compartir, de hacer vida social.

Las tertulias eran y siguen siendo, una expresión del sentido de agrupamiento del guameño, el cual era, y sigue siendo, un compartir sobre temas diversos con personas que tienen aspectos comunes. Se realizaban, aun es así, en sitios de interés público o en casas de familias de aceptación de todos. Servían de vasos comunicantes

en momentos de exclusión social y ofrecían un camino llano para la convivencia social igualitaria. A las tertulias podían acercarse todos y disfrutaban del buen momento, igualmente hacían de vehículo social para la difusión de conocimientos, de propagación de nuevas ideas, de formación de clubes literarios y deportivos, de círculos para parrandear y dar serenatas.

Indistintamente, con el nombre de tertulias, “partía”, legión, grupo, tropel, se identifica en Guama el compartir de sus ciudadanos; precisamente, ese juntarse que arriba hemos intentado explicar. Bajo el nombre de “Legión Negra” un conjunto de hombres con los mismos intereses, acostumbraban a reunirse en los alrededores de la Plaza del Muñeco, nombre popular que se le otorgara por ser una fuente de pila de agua, con la figura de un niño negro que botaba agua como si estuviera orinando; quedaba frente al “Bar Continental”, regentado por don Elícito Mosquera, y allí, todas las tardes, tenían por costumbre realizar su relación social, a la par de echarse los tragos de preparado con aguardiente o cocuy, con la finalidad, según ellos, de animar la cosa.

El nombre de legión viene de la organización de los ejércitos del Imperio Romano, utilizado también por los ingleses y por los franceses, por lo que creemos que tomaron o les pusieron ese apodo después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, porque ya para

esa fecha ellos funcionaban como grupo de amigos que se reunían para comentar los resultados de la guerra y hacer una parranda celebrando la convivencia. La reunión daba inicio en el “Bar Continental” y luego pasaban al “Caracaro”, lugar sombrío a las orillas del río, ubicado en el sector Bucarito, frente al hoy Parque Dorado, donde concluía con la acostumbrada comilona de cada día.

Lo de negra, no venía por el color de la piel de sus integrantes ni por algún tipo de traje, insignia, distintivo o consigna que emplearan, sino por la predilección para hacer un “Sancocho de gallina de ese color”. Quizás, dentro de la chanza de todo grupo, contaban con que en el pueblo hubiese caído bien el nombre escogido, y ellos mismos se encargarían de difundirlo.

Entre sus integrantes mencionamos a: Víctor González, Carlos Domínguez, José Chávez, Rafael Parra, Ramón “Monchito” González, León Pineda, Santiago Rodríguez, Rafael Mujica, Perfecto y Miguel Vásquez, Régulo Muñoz, Rito Gutiérrez, Manuel Romero, José Mendoza, Emilio López, Francisco “Panchito” Silva, Luis Rodríguez, José Alcina.

Eran hombres de bien, trabajadores, con profesión u oficios definidos, algunos intelectuales o gente de mucha lectura. No obstante, en el pueblo se corrió la voz que animales que se extraviaban de los patios

de las casas (gallinas, gallos, patos, cochinos, pavos y algunas vituallas), se los llevaba la “Legión Negra” para sus parrandas; nunca hubo denuncias de esas pérdidas, porque los propietarios sabían que era gente del pueblo o porque ellos se cuidaban e invitaban al “sancocho” a algún miembro de la familia a quien se le perdió el animal, para preparar con la presencia de ese invitado la coartada perfecta, en caso necesario de surgir un interpuesto reclamo. Esa camaradería, tuvo sus mascotas en un carro Chevrolet, de color negro, propiedad de Víctor González llamado “Coquito”, utilizado para el “lleva y trae de un adolescente, hijo del propietario del “Continental”, Evencio “Toño” Mosquera, quien les aseguraba el crédito cuando carecían de efectivo, que era la mayoría de las veces; y de una madrina, Tomasa Barrios de González, quien suplía a Santiago Rodríguez, cuando de cocinar se trataba. Este grupo operó hasta los inicios de la década de los 60, cuando, por razones de trabajo, ocurrió la diáspora. La amistad de sus integrantes fue eterna y solo la muerte les separó; de allí surgieron hermosas familias, con numerosos hijos profesionales, y gente destacada en ciencia, cultura, artes y deportes. Fueron fieles exponentes de la solidaridad y del slogan que los identificaba:

“es que los guameños son burlistos”.

La solidaridad vivida por la “Legión Negra”, tiene en los pobladores de hoy sus continuadores. No existe

un grupo específico, sino muchos, y las relaciones sociales se producen como una federación de grupos, cada uno funciona a su manera y de acuerdo con sus posibilidades, pero, al momento de cualquier contingencia, funcionan como un solo músculo. La fraternidad guameña actúa de manera espontánea, derriba diferencias políticas y sociales, crea una horizontalidad dentro del pueblo y fuera de él: en fin, una amalgama de hijos del mismo suelo.



CHEO

A lo largo y ancho de nuestro país, inclusive, me atrevo a asegurar, a lo largo y ancho de cada pueblo, de casi todas y cada una de las naciones que existen sobre el planeta tierra que nos cobija en su seno, cuenta con la existencia de un personaje que, por sus características de ser solidario, servicial y respetuoso, en todo momento se gana el cariño de sus conciudadanos. En cada región del mundo entero donde aparezca este tipo de Ciudadano; lo único que cambia en sus características generalmente es el nombre, sin que con ello no pudiera darse, y de hecho se da con frecuencia, que un mismo nombre identifique al personaje en dos o muchas más regiones.

Es por ello que, a través de este prólogo hemos querido dejar constancia expresa de que, el cuento a continuación, trata de reflejar las vivencias de un hombre humilde y bondadoso del pueblo en que le tocó vivir y a quien sus paisanos conocieron por siempre con el simple apelativo de: “Cheo”, el cual dejara un gran vacío en la población al ocurrir su muerte; y que, en consideración a ese luctuoso momento, nos ha motivado a compartir su despedida, con un recuerdo expresado en este humilde, pero cariñoso relato:

Se nos ha ido un fiel exponente de la solidaridad en nuestra Región, nadie llegó a imaginarse que se iría de la manera como sucedió; el bueno de Dios lo dispuso de la forma como era él, que sí era solidario, y con ello arrancaba y se sabía ganar el mayor cariño, el mejor afecto, y el más grande aprecio de todo un pueblo que le acompañó hasta su última morada al momento de ocurrir su deceso, y que, el poblador que no pudo asistir a su sepelio, sintió profundamente su partida. La gente fue a cumplir con él, porque él lo hacía con todo el mundo; no existían barreras, distancias o diferencias sociales, ante lo inevitable acudía de inmediato a manifestar su gregarismo con su presencia.

Quizás a nadie le expresó de manera directa su pesar al hacer acto de presencia en el acto fúnebre. Es probable que nunca extendiera su brazo o les diera un abrazo a los familiares más cercanos del difunto para hacer llegar su condolencia; pero, en el momento de

mayor dificultad, allí estaba él, paradito, sin hacer bulla, ocupando un lugar entre aquellos quienes asistían a manifestar su solidaridad.

Entendía perfectamente que para ser amigo no es necesario hacer ruido, que no se requiere conocer a las personas para apoyar a los familiares en esos momentos de trance difícil, que no es importante ser un gran señor o doctor de mucha trascendencia en el país para acompañar un ser humano en su último viaje. Todo ese bagaje y esquemas establecidos, lo enrumbó con su forma de abordar la vida y el momento terminal para otros que tal vez no llegara a conocer. Tenía dificultad para hablar, su vista no era muy buena y su oído en algunas ocasiones le fallaba; pero, el creador le dotó de un gran corazón y espíritu humanitario. Asistía para hacer presencia a cualquier rincón del poblado, al igual que, acudía a cualquiera zona foránea adornada con sus nombres indígenas o surgido producto de la era de la conquista y que aún los conservan en la actualidad: Caicara, Quigua, Guarabao o a Palito Blanco, a decirles a los familiares del difunto con su presencia: “Estoy con ustedes”.

Se le veía caminar apurado por las calles del pueblo a cumplir con la gente, se le encontraba por oscuros caminos de ida o de regreso a expresar su sentimiento. En oportunidades cuando coincidían dos o tres fallecidos, él se las arreglaba para, con su andar rapidito, estar en todas partes y quedar bien.

Su solidaridad no era únicamente de hacer testimonio sólo con su presencia, sino que, desde el momento mismo de conocer la infausta noticia, sin que nadie se lo pidiese, encabezaba el cortejo, señalaba hasta la ruta a seguir y dirigía el tránsito hasta el punto final. Además, asistía a todos los novenarios, y como es tradicional en nuestro medio, a la última noche; y mientras se rezan los tres rosarios, calladamente aguardaba hasta el final. Es lógico suponer que su mayor pasión era ser solidario. La gente siempre se preguntaba ¿Cómo hace para enterarse que en tal parte hay un fallecido? Esa pregunta no tiene respuesta, quizás el Todopoderoso le encomendó el papel de apoyar a los demás y él lo cumplía estando de pie en los momentos de dificultad familiar.

Esa misma actitud la asumió en los lugares y personas para quienes desarrollara modestas tareas. Fidelidad, honradez y humildad en todo momento, fueron los principios sostenidos por él en los sitios donde trabajó, normas que seguramente adquirió en una modesta, pero recta formación hogareña. Largos años de solidaridad con la familia Valera nos lo demuestran.

Afirmamos que, entre nuestro personaje y el pueblo, hubo una empatía. Él comprendió que debía fidelidad, fraternidad y apoyo, aunque fuese presencial, a quien lo requiriese en instantes no deseados; de la misma manera, la población le aceptaba y comprendía su apoyo. Hasta el punto de que, cuando por alguna

circunstancia no había llegado a un sepelio, la pregunta de todos no se hacía esperar:

“¿Qué le pasará a Cheo que no ha llegado?”

Esa adhesión entre el personaje y su pueblo se puso de manifiesto cuando le tocó el turno a él de ser acompañado a su último refugio. La Iglesia y la Plaza del pueblo estuvieron colmadas para darle un último adiós y acompañarlo hasta el Camposanto, para ser fraterno con quien hizo de la solidaridad su vida.

Ese fue José Jorge Rodríguez Guevara o simplemente:

“Cheo”...

como se acostumbró el Pueblo a llamarlo y a quererlo en todo momento.

AGRADECIMIENTO

Comercial Belloso y Fundación Manuel Belloso por su valiosa ayuda en la materialización de esta obra. Tuve la dicha de conocer y sostener largas pláticas con el fundador de esta corporación, puedo dar fe de su sencillez y sentimientos altruista del señor Manuel Belloso hacia su pueblo y hacia los sectores más necesitados.

La Universidad Nacional Experimental de Yaracuy (UNEY) por abrirme sus puertas para colaborar en la formación de las generaciones de Yaracuyanos.

JOSÉ RAMÓN
AVENDAÑO



Nacido en Guama. Estado Yaracuy. Venezuela

Maestro Normalista. Normal “Alberto Ravell”

Licenciado en Educación. Área de Historia.

Universidad del Zulia

Doctorado en Historia.

Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Curso de Especialización en Historia de las Ideas.

Universidad Libre de Bruselas. Bélgica

Profesor a Dedicación Exclusiva

Universidad del Zulia. Maracaibo.

Profesor Contratado en Universidad Nacional

Experimental del Yaracuy.

PUBLICACIONES

Militarismo e Ideología en América Latina
Universidad Autónoma de Barcelona. España.

El Militarismo en Venezuela.
Tesis Doctoral cum Laude.

La Dictadura de Pérez Jiménez.
Premio Congreso Nacional. Centauro.

Fuerzas Armadas y Política.
Universidad del Zulia.

Seguridad y Defensa en el Territorio Wuayü.
Gobernación del Zulia.

Faustino Parra y su Tiempo.
Gobernación de Yaracuy. UNEY.

Guama, Leyenda a la Sombra del Samán. *Digital.*

Guama La Atenas del Yaracuy. *Digital*

Guama, Siempre Guama. *Inédito.*

Cuentos del Camino. *Inédito.*

Publicación digital de



Maracaibo, Venezuela
Enero, 2025





José Ramón Avendaño Lugo es un escritor e historiador venezolano cuya obra se enfoca en la memoria, la historia y la identidad nacional. Con una prosa detallada y un profundo conocimiento del pasado, ha dedicado su carrera a rescatar relatos que entrelazan realidad y ficción, tradición oral y testimonio histórico.

En *Cuentos del Camino*, su capacidad narrativa nos transporta a la Venezuela rural, donde los caminos son testigos de hazañas, encuentros y desencuentros que han marcado la vida de sus habitantes. Su escritura, impregnada de sensibilidad y rigor documental, nos acerca a personajes entrañables y momentos clave de la historia venezolana. Avendaño Lugo ha sabido dar voz a aquellos cuyos relatos han permanecido en la sombra, convirtiéndose en un cronista de lo cotidiano y lo épico. Su obra es un homenaje a la cultura popular y a las historias que construyen la identidad de un pueblo